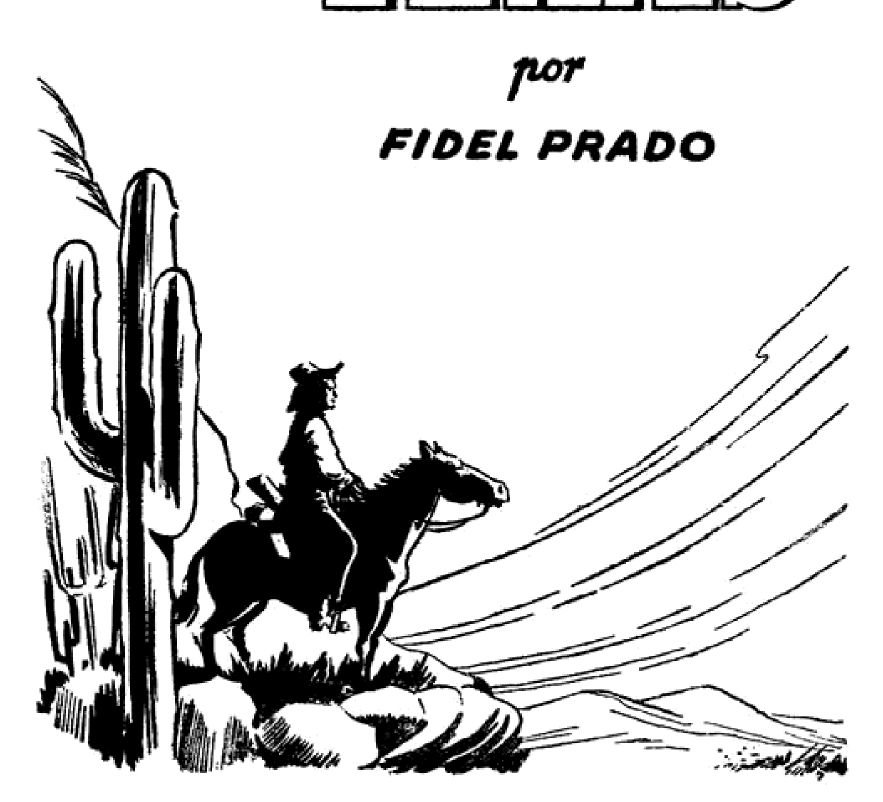

AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
3
PTAS
LA EMBOSCADA

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN

GRAFICAS BRUGUERA

BARCELONA


La
EMBOSCADA
SOUTHERN
15

CAPÍTULO PRIMERO

Una misión especial

Niño Mendoza, muy cómodo y estirado sobre una móvil mecedora de la estancia de Jim Texas en el «Hotel California», de Austin, la capital del Estado, repasaba trabajosamente las páginas del diario que tenía entre las manos.

Su empírica ilustración dejaba mucho que desear y así para enterarse de la prensa tenía que deletrearla con paciencia, pero era tozudo y conseguía todo lo que se proponía, aunque se hallase lejos del alcance de su mano.

Jim, entretanto, se rasuraba frente al espejo. Tenía que realizar algunas visitas de cumplido y debía presentarse decentemente.

En la habitación contigua, Stella, que había guardado cama durante unos días a causa de la impresión que las aventuras pasadas le produjeron, se encontraba mejor, pero aún no lo suficientemente fuerte para abandonar Tejas y trasladarse a la capital del Estado.

Mendoza rompió a reír sonoramente hasta casi deslizarse del movible asiento y exclamó:

—Cucha, manito, esto tiene gracia, creo. ¿Has leído este papelote?

—No, Niño. Aún no he tenido tiempo de echar un vistazo a la prensa.

—Pues es cosa güena, me parese a mí. Escucha.

Y calmosamente, desesperando a Jim, leyó:

«El mundo de las finanzas y los negocios acaba de sufrir un rudo e irreparable golpe que repercutirá hondamente en la economía de la nación.

»Según informes que acabamos de recibir, el prestigioso financiero, uno de los individuos de más autoridad en la Banca, Bolsa y negocios en general, el señor Claudio Spack, ha fallecido de una manera trágica e imprevista en los accidentados terrenos de Tejas, a donde se había trasladado recientemente llamado por uno de sus múltiples negocios.

»Según nos ha informado brevemente su encantadora hija, la señorita Vera Spack, que acaba de regresar a Wáshington, su padre, que tuvo necesidad de trasladarse a caballo por unos lugares muy abruptos y peligrosos, sufrió un mortal accidente a causa de una espantada de su montura y fue a estrellarse al fondo de una horrible sima de la que pudo ser extraído a costa de infinitos peligros por un heroico grupo de habitantes próximos al lugar del accidente.

»El señor Spack que aparecía terriblemente magullado, no ha podido ser trasladado a Wáshington y ha recibido cristiana sepultura en las inmediaciones de Barstow, cerca del río Pecos, donde se desarrolló el terrible drama.

»Hemos visto a la señorita Vera para solicitar detalles del accidente, pero sólo hemos podido cruzar breves palabras con la infeliz huérfana, que se muestra afectadísima por el suceso.

»Parcamente nos dio algún detalle de la tragedia y nos ha expresado su temor de que el señor Zenker, secretario que era del finado, haya corrido suerte análoga, pues salió por delante a caballo y debido a la densa niebla que aquella noche cubrió las inmediaciones de Barstow…, se extravió no pudiendo ser localizado.

«Se realizan gestiones hasta ahora infructuosas para localizar el paradero del señor Zenker.

»La señorita Spack que ha cerrado su suntuosa mansión alquilando una modesta casita a las orillas del río, nos ha manifestado que piensa liquidar los negocios de su padre y seguir con aquellos que sus cualidades le permitan defender, renunciando al resto.

«Lamentamos hondamente la trágica muerte del señor Spack y testimoniamos a su desgraciada hija nuestro más sentido pésame».

Cuando Niño terminó la lectura, volvió a reír hasta sentir hipo y Jim, terminando de afeitarse, dijo:

—Vera es la mujer más peligrosa y lista que he visto en mi vida. Me apostaría la cabeza a que está en relación con Zenker, el cual se habrá escondido en algún rincón ignorado y asesorada por él, va a continuar la batalla sordamente. Me es igual. Cuando Stella se encuentre en condiciones de viajar nos trasladaremos a Wáshington a reclamar su herencia y nos dedicaremos a investigar en la vida de la «desgraciada huérfana». Me temo que ésta esté planeando con el astuto Zenker una cumplida revancha y no me fío ni de mi sombra.

El mejicano, que era hombre de ideas sencillas, pero perfectamente prácticas, repuso:

—Cucha, maniato, ¿por qué no desmientes esta sarta de embustes o así? Con que digas que le colgamos simplemente de un árbol por sinvergüenza, creo yo, bastaría.

—No puedo hacerlo, Niño. Nuestras pruebas eran pobres y Spack tenía muchos y poderosos amigos. Cuando Vera se calla y prefiere que todo el mundo crea en el accidente, no seré yo quien la desmienta. Confío en que un día la prensa de cuenta de otro análogo sucedido a su simpático y útil secretario.

—Bueno va; por mi parte lo haría con gusto ahora mismo si pudiera… ¡El muy pringao! No se atrevió a dar la cara y dejó a su amo colgado de las astas de la res.

—Sabía que no podía hacer nada y no quiso jugarse la vida estúpidamente. Pero no te fíes. Dios sabe dónde andará metido a estas horas.

—Me alegraría tenerle al alcanse de la mano o así… Le iba a convertir el pellejo en una regadera, creo yo, por pringao.

—Bueno, Acaso no sea demasiado tarde…

Jim terminó de arreglarse y Niño, que se aburría de llevar más de quince días inactivo en aquel hotel de la capital, preguntó:

—¿Dónde vas, manito, tan requetechulo?

—Voy a ver al gobernador, Niño. Espero que haya recibido noticias de Wáshington. Escribí a mi amigo el Secretario de Estado, dándole cuenta del éxito de nuestra misión y espero instrucciones para el porvenir.

—¡Eso va güeno, manito! Se me van a pudrir los huesos de meserme en este maldito cacharro que no puedo haser que se esté quieto un momento. Yo ni había visto poner columpios en lugar de sillas para sentarse.

—Tú eres un retrógrado, Niño.

—¿Un qué? Escucha, manito, no me insultes así, que yo no te he dado motivos para eso.

—Está bien. ¿Prefieres que te diga que eres un asno?

—¡Creo yo!… Me gustan las cosas que entiendo.

—Bueno, pues vete dando lustre a la albarda mientras yo estoy ausente… ¡Ah!… Cuida de Stella, que no le falte nada.

—Güeno va, manito. No hase falta, creo yo, tus consejos… Ya sé que la chula es tu ojito derecho y…

—Y el izquierdo te lo voy a saltar yo a puñetazos como hagas insinuaciones de esa índole y ella se de cuenta de ello.

—Yo no hago esas cosas tan feas que tú dises, ¡repinto! Te estoy disiendo la verdad, creo yo.

Jim tomó su sombrero desesperado y abandonó la estancia gruñendo:

—Lo que yo creo es que eres un asno de la cabeza a los cascos.

Niño sonrió complacido. Le divertía exasperar inocentemente a su jefe, y más cuando estaba convencido de que sus bromas daban en sitio blando.

Aburrido del vaivén de la mecedora, se levantó y dando un puntapié al asiento, rezongó:

—¡Maldito trasto! Me ha Mareado más que si me hubiese bebido una botella de *whisky*… y por cierto, que llevo sin probarlo un buen rato o así.

Y con decisión se trasladó al bar del hotel, donde se propuso hacer más corta la espera.

Jim se trasladó rápidamente al palacio del gobernador. Sentía curiosidad por conocer ciertos informes secretos que había solicitado respecto a las actividades de Vera y al tiempo, por saber si debía emprender alguna nueva misión o debía trasladarse a la capital donde pensaba dejar ultimado el asunto de la herencia de la muchacha. Cuando alcanzó el antedespacho y dio su nombre, un empleado le atendió solícito, advirtiéndole:

—El señor gobernador ha dado orden de hacerle pasar a su

despacho inmediatamente. ¿Quiere hacer el favor de seguirme?

Le hizo atravesar el antedespacho y llamando suavemente en una puerta cubierta de cristales opacos, anunció:

—El señor Jim Texas.

La puerta se abrió inmediatamente y el secretario del gobernador salió a recibirle.

—Pase, capitán —dijo—. El señor Stanley le espera.

El gobernador era un tipo alto y enérgico. Representaría unos cincuenta años y en su rostro aguileño se reflejaba la decisión y la energía.

Tendió la mano a Jim afectuoso, diciendo:

—Siéntese. Tengo algo importante que comunicarle.

El secretario cerró cuidadosamente la puerta y el gobernador, extrayendo un sobre de su cajón, dijo:

—Aquí me envía el señor Snok algunos datos solicitados por usted. No creo que le sean muy útiles, pero no hay más. Según el pliego, la señorita Vera Spack llegó a Wáshington hace diez días, sola, sin compañía de nadie y se trasladó a su palacio, en el que estuvo recluida cinco días. Al sexto, anunció a su servidumbre que estaba decidida a renunciar a la vida activa de boato y esplendor que llevaba y a retirarse a vivir modestamente, para lo cual había adquirido una casa pequeña, pero muy linda, cerca del río.

»Gratificó a la servidumbre y solamente se quedó con su doncella que lleva a su servicio desde que era niña y con un cochero viejo, pero muy fiel, que posee.

«Al día siguiente, trasladó sus cosas a la nueva casa que adquirió por medio de un anuncio puesto en la prensa y piensa sacar a subasta el palacio.

»Ha salido muy poco de su encierro, únicamente para adquirir algunas prendas de luto y se pasa el día recluida, recibiendo visitas de gente interesada en los negocios de su padre.

«Mujer lista y enérgica, ha decidido llevar en persona los que estime conveniente y desligarse de los demás. Para ello, ha comisionado a varios agentes de Bolsa que se encargarán de deshacerse de infinidad de acciones de negocios pertenecientes a su padre y en cuanto a la herencia, se ha abierto el testamento que obraba en poder de su notario, en virtud del cual la nombra heredera absoluta de todos sus bienes.

»Como último dato, se advierte que se vigila estrechamente la casa así como las visitas, pero todas las que hasta el presente ha recibido son de gente conocida en los negocios y nada sospechoso se ha observado.»

Stanley le entregó el pliego de informes, que Jim repasó a la ligera y añadió:

—Si desea algo más sobre este tema, dígamelo.

—De momento no. Lo que me interesa es personal y tendré que dilucidarlo con la interesada. Falta la herencia de su prima de la que se apropió el muerto y tendré que rescatarla de una forma o de otra.

Luego preguntó:

—¿Tiene usted alguna orden más que comunicarme?

—Sí. Tengo algo muy interesante ajeno a esa cuestión.

—Pues me tiene a sus órdenes.

—El asunto es delicado y requiere un absoluto sigilo y una vigilancia extraordinaria para llevarlo a cabo.

»Según confidencias recibidas, el oro que actualmente se almacena en el Banco de San Antonio se halla expuesto a golpes de mano audaces que hay que vigilar.

«Desde hace algún tiempo, San Antonio se está convirtiendo en el centro de reunión de todas las bandas de indeseables de Texas. Es lugar estratégico y muy concurrido. Los ganaderos de la ruta afluyen a él con sus ganancias, temerosos de tener que trasladarlas por rutas extraviadas y poco seguras. Los pistoleros lo saben y raro es el día que no se comete algún atraco en los caminos adyacentes, para despojar a los traficantes de sus bien sudadas ganancias. El Banco recibe una afluencia de gente extraordinaria y aunque el trasiego de dinero es grande siempre se deposita mucho más que se extrae.

»No hace mucho, hubo un intento escandaloso de asalto a las ventanillas. Fracasó gracias a la vigilancia mantenida, pero seis policías cayeron en la refriega para siempre y varios resultaron heridos.

«Murieron dos atracadores, más el resto de la banda, muy numerosa, huyó sin poder ser descubierta.

»El Gobierno ha decidido depositar este oro en las arcas del Banco de Austin, más seguro y mejor guardado, pero el

inconveniente es poder trasladarlo con seguridad.

«Los trenes que desde Austin suben por la línea del “Sud Pacífico”, no son muy seguros. Los salteadores les hacen víctimas de sus registros en el trayecto, levantando raíles, subiendo de incógnito en las estaciones, atacándoles en partidas nutridas en los desfiladeros y no nos atrevemos a cargar el dinero en el tren, primero por lo aparatoso que resultaría llevarlo en cajas desde el Banco a la estación y segundo porque la garantía del ferrocarril es nimia.

»No tardaría en correr la voz del traslado y serían capaces de asaltar los coches en el trayecto dentro de la capital, y de no poderlo hacer, estoy seguro de que el convoy no llegaría a Austin.

Por otra parte, un traslado así no pueden hacerlo una persona ni dos. Se precisa que intervenga mucha gente en la preparación de las cajas, el traslado, etc., y no tendría nada de extraño que alguien dentro del propio Banco, al tener indicios de lo que se prepara, se pusiese de acuerdo con alguna banda de indeseables y les facilitase detalles preciosos que les orientase para dar el golpe sobre seguro.

«Por esto hemos pensado en lo único que puede despistar mejor a los ladrones aunque en el fondo resulte más expuesto.

»La idea es preparar doce cajas cargadas de oro, labor que se encomendaría a los empleados, y otras doce exactamente iguales cargadas con piedras, que serían embaladas por un par de personas de absoluta confianza.

»Una noche a altas horas, se haría detener una, diligencia a la puerta trasera del banco, cargando en ellas las cajas de piedras como si realmente fuesen las que contienen el oro. Para dar más aparato, se buscaría una guardia que vigilase el transporte y siguiese dentro de la diligencia el viaje hasta aquí.

»Si dentro del Banco existe algún confidente o se sospecha que el oro pueda ser sacado, lo seguro es que vigilen los alrededores y cuando vean partir la diligencia, la sigan para atacarla donde estimen más factible de poderla saquear.

Inmediatamente que el carromato partiese con las falsas cajas arrastrando tras él a los posibles atracadores, una nueva diligencia llegaría a la puerta del Banco, cargaría las cajas auténticas y partiría por sorpresa al galope, llevando el oro de incógnito, mientras los bandidos trataban o no de apoderarse de las piedras engañados por

esta estratagema.

«La verdadera diligencia de transporte del oro, seguiría caminos extraviados, faltos de todo tráfico y llegaría cuando buenamente fuese posible aquí sin que nadie se diese cuenta de la maniobra hasta que el oro estuviese seguro en las cajas de nuestro Banco.

»Pero todo es factible de quiebras. Nadie puede asegurar que cualquier detalle imprevisto quiebre este bonito plan y descubra la maniobra y, para este caso, el señor Snok indica que nadie como usted para custodiar las cajas y hacer que lleguen sanas y salvas hasta aquí.

»Le traslado a usted el deseo del Secretario de Estado, al que uno él mío y usted tiene la palabra para decidir.

Jim, que le escuchaba con el ceño fruncido, preguntó:

—¿Qué cantidad se va a trasladar?

—Medio millón de dólares.

—¡Cáspita! —exclamó Texas—. Por ese dinero son capaces de reunirse como una manada de lobos todos los indeseables de la región.

—Ese es nuestro temor. Tejas está infestado de pistoleros. La ruta de los cornilargos es una mina que atrae como el imán. Jamás ha rodado más dinero en este lado de los Estados Unidos que ahora. Dodge, es Eldorado de los sin ley y van y vienen de allí a San Antonio y a Austin indagando, averiguando quién va y quién viene y con qué ganado o dinero. La mitad de la gente vive del asalto y la otra mitad brujulea para facilitarles informes seguros para sus insanos negocios. Este es el mal principal que de rechazo puede caer sobre nosotros.

—Me hago cargo de sus temores, señor gobernador. El dinero es la llave del mundo. América está podrida en su mayor parte y ya no creo seguro ni el Capitolio. De todas formas, mi deber es trabajar para el bien de la nación y no regatear mis esfuerzos cuando en su nombre se me solicita, pero quiero advertir que yo no soy infalible a pesar del valor, la sagacidad y la audacia que se me supone. Nadie puede predecir lo que el destino tiene reservado en cada momento. Los indeseables son una plaga; operan en bandadas, se unen unas bandas con otras para golpes de envergadura aunque se odien entre sí o luego se maten unos con otros por el reparto del botín y precisamente una empresa que ha de llevarse con sigilo, sin ruido ni

gran aparato, merma la defensa.

»Yo cuento con alguien que vale tanto como yo a la hora de pelear, pero nuestras fuerzas tienen un límite y la trayectoria de una bala es un enigma. Quiero advertir todo esto, no para repudiar la misión y rechazarla, sino para eximir mi responsabilidad ante acontecimientos que escapen a mi previsión y a mis fuerzas.

—En eso estamos de acuerdo, capitán. Nadie va a dudar de usted ante un improbable fracaso. Todos sabemos de lo que es usted capaz y si nuestros proyectos se frustran nos consolaremos seguros de que no ha quedado por la ineptitud ni la indiferencia de nadie.

—Perfectamente. En ese caso, usted me dirá qué debo hacer.

—De momento esperar un poco. Voy a trasladar a persona de confianza a San Antonio para que se entreviste con el director del Banco y éste ultime sus preparativos que ya tiene en embrión. Es el más interesado en sacudirse la responsabilidad que sobre él pesa y por la cuenta que le tiene hará las cosas lo mejor posible.

—Perfectamente. Espero su aviso para trasladarme a San Antonio. Quizá yo, entre tanto, haga un viaje de exploración por allí. Me interesa saber quién pulula por los antros de la ciudad, qué pistoleros destacados se mueven en aquella órbita y cuáles pueden ser los peligros más inmediatos. Estos detalles son precisos.

—Apruebo su conducta. De toda suerte, creo que le dará tiempo para ello. Por deprisa que se lleve el asunto, aún tardaremos lo menos ocho días en tener todo listo.

—Pues a sus órdenes, señor gobernador.

Se despidió con un fuerte apretón de manos y muy preocupado con la enorme responsabilidad que acababan de echar sobre sus hombros, se encaminó al hotel, despacio, pensando en el asunto y gozando de la tibieza del sol que aquella mañana era como una gloriosa caricia para la piel.

Tan preocupado caminaba, que no se dio cuenta de que alguien seguía sus pasos. Tenía que haber estado muy avisado para observar aquella vigilancia solapada de que era objeto.

Quien le seguía, era un tipo encorvado, vestido modestamente, sin nada que llamase la atención. Parecía un viejo decrépito con su larga barba blanca y sus espaldas cargadas, pero en la seguridad de sus pasos dejaba adivinar que su ancianidad era fingida.

Las alas de su sombrero muy curvadas sobre los ojos, no

permitían ver éstos, pero poseían un brillo extraño de energía y odio reconcentrado.

Si Jim hubiese podido descubrirle quizá en aquella mirada rencorosa hubiera descubierto bajo el burdo disfraz, los ojos satánicos de Zenker, al que creía escondido en algún lugar alejado de su radio de acción.

Sin embargo, Jim no conocía aún al avieso secretario de Spack. Éste, tozudo, vengativo, animado aún más que por su deseo de desquite por la ardorosa ilusión de conquistar el corazón de Vera, era capaz de las mayores empresas y así, en lugar de alejarse de su peligroso enemigo, se había metido en su terreno, seguro de que cuanto más se aproximase a él en aquellos momentos menos sospecharía de su audacia.

Zenker apenas dejó a Vera en Washington se apresuró a buscar a su enemigo. Valido de sus numerosos confidentes le localizó con presteza y ahora, se disponía a no perderle de vista para averiguar sus movimientos y aprovechar el momento más propicio por deshacerse de él y de su odioso guardián Niño Mendoza.

Jim ajeno al peligro que podía trastornar la difícil empresa que le iba a ser confiada, regresó al hotel y Zenker, cuando le creyó seguro, se alejó presuroso.

CAPÍTULO II

Niño Mendoza gana una apuesta

Cuando Jim penetró en el hotel y cruzó ante el bar, se detuvo con el oído atento. Una voz inconfundible llegaba a sus oídos, emitida en tono mayor, y Texas no necesitó mirar para saber que Niño se hallaba dentro.

El coloso mexicano había descubierto ante el mostrador dos compatriotas suyos, con los que entabló charla animada, y diez minutos después había surgido una sañuda apuesta para dejar bien sentado quién era capaz de tragar más *whisky* sin perder el equilibrio.

Cuando Jim, atraído por los gritos de Niño, penetró en el bar, Mendoza, apoyado contra el mostrador, trataba de mantener en pie a tino de sus compatriotas, medio inclinado sobre el brillante tablero. El otro se había escurrido hasta el suelo, donde, echo un ovillo, roncaba como un elefante en medio del regocijo de los curiosos. Niño sostenía un enorme vaso de *whisky* y pretendía hacérselo beber a su contrario, quien resoplando como un cetáceo, metía la nariz en el vaso sin acertar a acercar los labios al borde del recipiente.

—Vamos, Pedro —rezongaba Niño— otro traguito, ¡repinto!…,

que no se diga que un chulo de Sonora no es capaz de aguantar medio día bebiendo o así…

El mejicano manoteaba estúpidamente y Niño, desesperado, le arrojó el contenido del vaso a la cara, diciendo:

—¡Peste! Eres un gringo pringao, ¡maldita sea Sonora!… Asquito me da alternar con niños que en lugar de llevar revólver al cinto debían llevar un biberón —y apurando el contenido de su vaso, lo colocó inseguro sobre el mostrador, gruñendo al dependiente—: Oiga, gringo… Usted ha sido testigo, creo yo, de la apuesta. Estos pelaos pringosos han perdido y ellos pagan.

El dependiente pretendió sujetarle por un brazo, diciendo:

—Eso no es cuenta mía, amigo. ¿Sabe usted si tienen dinero?

—¿Y a mí qué diablos me importa? Yo cuando apuesto lo hago con dólares acuñados, me parese a mí. Pregúnteselo a ellos.

—Yo no. Mire a ver si llevan dinero en el bolsillo.

Niño, sin hacerle caso, se separó del mostrador diciendo:

—¿Yo? ¡Maldita sea mi bella figura! Regístrales tú, so pringao…

El dependiente, un mocetón recio como un roble, estiró su brazo y atenazó por el cuello de la chaqueta a Niño, pretendiendo retenerle. El mejicano, indignado ante aquel reto, volvió el brazo, asió al dependiente por el ensortijado cabello y sin esfuerzo aparente, con una sola mano, le sacó fuera del mostrador, manteniéndole en el aire como si fuese un muñeco, mientras el favorecido, rabioso de dolor, pateaba y gritaba como un endemoniado.

Niño le sostuvo algunos segundos en el aire, riendo groseramente, y luego, hizo ademán de lanzarle al vacío, pero una mano vigorosa lo impidió, al tiempo que la voz metálica e indignada de Jim gritaba:

—¿Qué haces, borracho del infierno?

Niño, al reconocer a Jim, soltó al dependiente, se irguió tratando de mantenerse sereno y balbució:

—Manito, te juro que yo apenas bebí para mojarme los labios. Fueron estos pringaos los que…

—Paga y vámonos.

—Pero ¡maldita sea Sonora!… Si yo les he ganado…

—Te digo que pagues. Si has ganado es porque eres más borracho que ellos y como castigo debes pagar. Después, cuando

estén serenos, les reclamas lo que te deban. Aquí no quiero escándalos.

Mendoza, confuso y atribulado al observar el gesto de enojo de Jim, sacó su bolso de punto que guardaba entre la faja y arrojó veinte dólares sobre el mostrador, diciendo al vapuleado dependiente que le contemplaba con ojos rencorosos:

—Toma pringao, cóbrate y dame la vuelta.

Pero el dependiente gruñó:

—Son cuarenta y cinco dólares.

—¡Repinto! ¡Maldita sea Sonora y todos los estados del norte de Méjico! ¿Cuarenta y cinco dólares? ¿Pero acaso crees que nos hemos bebido hasta los espejos?

—Son cuarenta y cinco dólares. Los espejos no, pero nueve botellas a cinco dólares sí.

Niño, aterrado, depositó el dinero sobre el mostrador, y al disponerse a marchar dijo en voz baja:

—¡Ladrón! Cuando manito Texas no esté presente, te voy a sacar a tiras del pellejo lo que me has robado. ¡Cómo me llamo Niño Mendoza que sí!

Igual que un borrego, siguió a Jim. El mejicano sentía que se le iba la cabeza al andar, pero, cómicamente, la erguía desafiador, tratando de demostrar que estaba más sereno que un lago en día de primavera.

Cuando penetraron en la estancia de Texas, éste, furioso, gritó:

—¿Te parece decente el espectáculo que has dado?

—Pero ¡por la Virgen de Guadalupe, manito! Si te juro que apenas si mojé los labios en esa maldita ponsoña que venden aquí.

—¿Sí? Cuarenta y cinco dólares de *whisky*.

—¡Y una vaca que cornee a ese pringao o así, es un ladrón indecente! Me ha estafado miserablemente.

—Bien; no discutamos más. ¿Crees que ignoro que eres capaz de sorberte el establecimiento y jurar que apenas si te has refrescado el gaznate? ¡Eres un asno sediento, Niño, y no te lo tolero! Estás llamando la atención sobre nosotros cuando más debemos permanecer ignorados. Te juro que si vuelve a suceder esto, te envío a las posesiones de California a que caves la tierra doce horas al día.

Niño se puso lívido. Si algo podía afectarle, era que Texas le amenazase con obligarle a trabajar en las faenas agrícolas.

—Por la Virgen de Guadalupe, manito, no hagas eso. Te prometo no beber más que absenta hasta que me des permiso para festejar alguna cosa buena o así.

—Está bien, borracho del infierno. ¿Dónde está Stella?

—¡Oh, pues… en su cuarto creo yo!

—¿Crees tú? ¿No te di orden de vigilar?

—¡Oh, claro, creo yo, pero…!, ¡si estaba dormida como un ángel!… Hacía calor y…

—Me parece que me voy a arrepentir de haberte perdonado. Vete a dormir y óyeme bien: como le suceda algo por tu culpa, te saco el pellejo a tiras.

—Niño, asustado, abandonó la estancia. Los vapores del *whisky* se le habían ido de la cabeza ante la amenaza. Conocía muy bien a Texas y era al único hombre a quien tenía miedo en el mundo.

Jim se dirigió directamente a la estancia de Stella y llamó suavemente a la puerta.

La aterciopelada voz de la muchacha dio orden de pasar, y Jim penetró sonriente.

Stella, vestida con una bata coquetona que Jim le había comprado para andar por la intimidad de sus habitaciones, leía recostada en una silla mecedora. Sus mejillas estaban algo pálidas y sus ojos brillaban más de la cuenta, pero en general su estado parecía satisfactorio.

—¿Cómo se siente usted hoy, Stella? —preguntó, besando galantemente su mano.

La muchacha adquirió un tinte rosado en las mejillas al recibir el homenaje galante de Texas y exclamó con voz acariciadora:

—¡Oh, Jim!… ¡Estoy muy bien!… Me siento fuerte y animosa gracias a usted y a sus cuidados.

—¡Bah! No tiene importancia lo que hemos hecho. Lo principal es que recobre el vigor.

—¡Si estoy muy bien! Ya se me ha pasado la impresión. Fue algo terrible todo aquello, Jim.

—En efecto, lo fue, pero vida por vida debía pagar quien no merecía gozar de ella.

—¡Qué dolor! ¡Nunca les supuse tan miserables!

—Lo malo es que la partida no ha concluido, Stella. No debemos hacernos ilusiones. Me precio de haber conocido a fondo a su prima

y sé que es de las que no perdonan. Además, queda Zenker, su ángel perverso. Entre los dos pueden dar mucha guerra.

—¿Usted cree? —preguntó ella, perdiendo el color.

—Sí, al menos mientras no logremos localizar a ese chacal de secretario. Si puedo eliminarle, Vera sola no me inspira temor.

—¿Hemos de volver a Washington? —preguntó ella con miedo.

—Sí, pero… esto es lo que me preocupa, Stella.

—¿Por qué? ¿Cree que allí pueda sucederme algo?

—No; es que antes tengo el deber ineludible de realizar una misión muy delicada y no sé qué hacer con usted.

—¡Oh! Pues lléveme en su compañía.

—No puedo, Stella. Es algo peligrosísimo donde usted, por muy valiente que sea, constituiría un estorbo y un peligro. Mi propósito era llevarla a Washington, arreglar lo de su herencia y después…

—¡Oh! Después me iré a vivir en un rincón muy lejos e ignorado… Me gustaría ir a California.

—¿De verdad? —preguntó él sin poder ocultar su emoción.

—¡Oh, sí! Me han dicho que aquello es hermoso.

—Lo es, en efecto. Yo tengo allí posesiones inmensas, que en parte heredé de mis padres y en parte acrecenté con mi trabajo. Si es su gusto la llevaré allí.

—Sí, sí. Encantada, Jim. ¡Qué hermoso vivir allí, sin peligros ni preocupaciones!

—Vivirá usted; yo le procuraré un lugar adecuado y allí se desarrollará su vida mansamente, hasta que encuentre el hombre digno de su amor.

Ella suspiró con ansia al oírle y repuso:

—¡Por Dios, no me hable de eso! No… Quiero vivir allí cerca de usted, cultivando su amistad… A su lado… al Niño, ese gigante fiero y terrible, pero tan bueno, tan sencillo, tan leal…

—Bien, Stella —interrumpió Texas, complacido de oírla—. Ya veremos lo que se puede hacer. Mi gusto sería de no poder ir directamente a Washington, haberla llevado allí. En mi hacienda estaría usted tan segura como en un palacio blindado, pero no tengo tiempo, el viaje es largo y mi misión inmediata. No acierto qué debo hacer.

—Pues, si no hay otro remedio, me quedaré aquí. Esto parece muy tranquilo.

—Y lo es, pero… nadie puede afirmar nada… Yo creo que mi misión durará unos quince días, y si salgo bien de ella…

Stella, al oírle, se puso lívida, preguntando anhelante:

—¡Oh, por Dios, Jim, dime la verdad! ¿Es algo peligroso?

—Sí, lo puede ser, pero confío en mí estrella, en mi valor, en Niño… Creo que todo saldrá bien.

—Sí, pero yo pasaré unas horas muy amargas pensando en sus vidas. ¡Si no tengo a nadie en el mundo que vele por mí nada más que ustedes!

—¡Bah, no se ponga triste! Nada pasará. Me inquieta más tener que dejarla sola que el peligro que podamos correr.

—A mí no. A mí me interesan más sus vidas. ¡Es horrible!

Jim estaba realmente preocupado. Contaba con poder liquidar el pleito de la muchacha antes de meterse en nuevas aventuras y ahora todo se le complicaba.

Por fin exclamó:

—Bueno, ya estudiaremos eso. De momento aún faltan algunos días para el asunto. Para entonces habré encontrado una solución. De todas formas, yo tengo que ausentarme por unos días a San Antonio, pero quedará a su cuidado Niño. Me marcharé tranquilo.

—¿Correrá usted peligro allí? —inquirió ella.

—¡Oh, no! Voy a resolver asuntos preliminares. Será cosa de un par de días.

Stella, que anhelaba no separarse de Texas, propuso:

—¿Por qué no me lleva? No conozco San Antonio.

—No puedo, Stella. Los lugares que yo debo visitar no son los más apropiados para llevar a una señorita. Y dejarla encerrada en el hotel no es plan. Aquí, al menos, en compañía de Niño puede salir a pasear sin temor.

—Eso quiere decir que se va a meter usted en antros peligrosos, no trate de engañarme.

—Sí, los lugares no serán santos, pero no voy en plan de acción. Mi misión es expectativa. Bucear un poco, enterarme de la clase de elementos que pululan por allí y volverme. Nada en que tenga que hacer exhibición de fuerza y destreza.

—Quiero creerle, Jim, pero me alegraría que le relevasen de esas misiones y le dejasen volver a su hacienda a gozar tranquilamente del merecido descanso. Usted ya ha hecho muchas proezas, ¿por

qué no buscar otros que intenten hacerlas y cubrirse de una gloria que a usted le sobra?

—Será porque dice el refrán que «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». Cuando el bien de la nación exige de sus hijos un sacrificio, no se puede mirar quién ha de realizarlo. Todos estamos obligados a ello, y si me eligen a mí, sería una cobardía rehusar.

—Quiero comprenderlo, Jim —dijo ella con vehemencia—, pero lo rechazo. Las mujeres somos egoístas para todo, lo reconozco, tanto para el amor como para las comodidades, la seguridad y cuanto nos rodea, por eso me duele que sea usted el blanco de esas misiones donde su vida está en constante peligro. De tanto como vale, parece que no le dan valor alguno.

Jim sonreía muy divertido ante las filosóficas manifestaciones de la muchacha, pero en el fondo de su alma brotaba un caudal de agradecimiento por su interés y su preocupación.

Levantándose de su asiento dijo:

—Bien, voy a preparar unas cuantas cosas para el viaje. Esta tarde me marcho para estar allí a la noche. Quizá pasado mañana haya regresado.

—No se vaya sin despedirse —suplicó ella.

—Descuide, que volveré… ¡Ah!… Vigile a Niño. No me gusta dejarle ocioso, porque cuando se aburre no encuentra mejor distracción que el alcohol. Hace un rato le sorprendí apostando con unos compatriotas a ver quién resistía más *whisky* y le he dejado durmiendo la borrachera.

—¿Perdió? —preguntó ella maliciosa.

—Perdió cuarenta y cinco dólares que le he obligado a abonar por el gasto. Sus competidores no habían quedado en condiciones de abonar el consumo, pero temo que cuando se despeje se eche a buscarles para que le devuelvan lo pagado. Ganar y pagar sería para él una humillación impropia de sus puntos de vista.

—Descuide, que me ocuparé de él.

Texas hizo sus preparativos para tomar el tren aquella misma tarde, y cuando se acercaba la hora de partir, pasó a despedirse de Stella, quien, conmovida y temerosa, estrechó su mano con efusión suplicando:

—¡Por Dios, piense en usted… y en mí! Le necesito.

El, tan conmovido como ella, repuso:

—Espero que me sigan sus bendiciones y me protejan. Hasta la vuelta, Stella.

Cuando pasó a la estancia de Niño, éste se esforzaba en despabilar su cabeza sumergiendo ésta en un enorme balde de agua. Resoplaba como un cetáceo cada vez que la introducía hasta el cuello y no hacía más que rezongar, hablando de ladrones y estafadores. Texas le asentó el pie en las posaderas, obligándole a caer de cabeza en el balde, y luego preguntó:

—¿Te has serenado ya, borracho sin vergüenza?

—Pero manito, si no estaba borracho… si sólo me mojé un poco los labios o así…

—¿Y para eso necesitas esas duchas de impresión?

—Es que pase mucho calor, manito… ¿No lo notas?

—No… Escucha; me voy a San Antonio.

—Dirás qué nos vamos, ¡repinto!

Y sacudiéndose el agua como un perro de lanas, trató de buscar su chaqueta y su revólver.

—No. Tú te quedas aquí, cuidando de Stella. Faltaré sólo dos días.

—¡Maldita sea Sonora! —Rezongó Niño—. Tú me castigas a no llevarme y eso no es decente, creo yo. Tú no puedes.

—Yo no puedo perder el tiempo, Niño. Te dejo al cuidado de Stella, y como le suceda algo, ¡tírate al río con una buena piedra al cuello!

CAPÍTULO III

Zenker sufre un tremendo fracaso

Serían poco más de las diez de la noche, cuando el tren entraba en la estación de San Antonio. Las noventa millas que le separaban de la capital de Texas las había recorrido en cerca de tres horas y llegaba en el momento en que la población adquiría esa fisonomía *sui generis* de los grandes poblados donde la vida turbulenta de sus habitantes necesita de las sombras y de la luz artificial para desarrollarse con más holgura.

Texas, que conocía San Antonio como la palma de su mano, se dirigió sin titubear a cierto hotel de segundo orden, instalado en una calle solitaria cerca del centro, y después de dejar su caballo y la poca impedimenta que llevaba, bajó al comedor, donde pidió una buena cena.

Le sobraba tiempo para visitar los tugurios más conocidos, ya que éstos sólo adquirían vida propia al llegar la medianoche, y podía permitirse el lujo de satisfacer su estómago con toda calma.

Texas, despreocupado, penetró en la posada, sin recatarse ni tomar precauciones para no ser visto. No llevaba misión alguna que requiriese el incógnito y estaba poseído de que, de momento, ningún peligro le amenazaba, salvo los que pudiesen surgir de modo

imprevisto o los que él se buscara por su propia cuenta.

Esta confianza debía lamentarla más tarde, pues tanto al salir de Austin como al llegar a San Antonio, no pudo darse cuenta de que alguien le seguía como si fuese su propia sombra.

Su tenaz perseguidor no era otro que el falso anciano que le descubriera en Austin, el cual, armándose de una paciencia benedictina, había estado espiando todos sus pasos hasta llegar a la estación, donde le vio embarcar el caballo, comprendiendo que emprendía un viaje.

Zenker dudó entre quedarse en Austin o seguirle. La ausencia de Texas podía favorecer sus ambiciosos planes de apoderarse de Stella, vivísimo deseo que poseía, pues estaba poseído de que con la muchacha en su poder podría anular enormemente las actividades de su terrible enemigo, pero quedaba Niño con ella, y éste era tan peligroso o más que el intrépido capitán.

Luego estimó que acaso le interesase más saber qué clase de actividades movían a Jim a separarse de la muchacha y emprender aquel viaje. Zenker estaba creído que su objetivo inmediato era Washington para arreglar el asunto de la herencia, y ahora, al verle partir, sospechó que estaba metido en algún negocio de importancia que acaso le afectase a él y a sus intereses.

Desechando sus dudas, sacó billete hasta San Antonio, convencido de que sólo podía ir allí, y celosamente espió todas las estaciones del tránsito por temor a que pudiese apearse en alguna intermedia.

Pero llegaron a San Antonio sin novedad, y Zenker salió de la estación pisándole los talones.

Cuando le vio entrar en la posada supuso que se quedaría algún tiempo en el poblado, y oculto frente al hotel espero.

Poco más tarde le vio descender y penetrar en el comedor, y, sospechando que se entretendría más de media hora en despachar la cena, abandonó su observatorio y con rapidez se dirigió a un lugar determinado, sombrío e impresionante, donde varios antros de mala nota tenían su trono.

Eligió uno titulado «El Oso Negro» penetró con decisión.

El establecimiento contaba con un regular cuadrado donde bebían los clientes corrientes y un lugar reservado en el que solían reunirse algunos elementos sospechosos que necesitaban del

aislamiento para combinar sus planes y cambiar impresiones.

Avanzó directamente al mostrador y, arrojando una moneda de dólar sobre el estaño, preguntó:

—¿Ha venido Wolff esta noche? El tabernero guiñó un ojo, respondiendo:

—Está cenando en el reservado… Acaba de llegar.

Bunker levantó la cortinilla que le separaba de un obscuro pasillo y avanzó hasta verse detenido por una puerta. Dio en ella varios golpes convencionales, y una voz ronca gritó:

—¡Adelante!

Zenker empujó, penetrando en una estrecha pieza alumbrada por un vacilante quinqué de petróleo. En el centro, una mesa de rojo pino rodeada de banquetas y con dos botellas sobre el tablero acogía a cuatro tipos de aspecto dudoso que hablaban en voz baja.



—El jefe no ha muerto…

Un tipo grandón, mastodóntico, de rostro curtido, ojos negros y fieros y amplio bigote negro, levantó la cabeza, y al descubrir la figura de Zenker, a quien no conocía, se levantó rápido, llevando la mano a la cadera, al tiempo que decía:

—¡Eh, amigo, se ha equivocado usted de puerta! Haga el favor de salir y no molestar a los honrados clientes que…

—¡Cállate, imbécil! —replicó hoscamente Zenker—. ¿No me conoces?

—¿Yo? No.

—Soy el teniente del jefe… ¿Acaso es la primera vez que hablas conmigo?

El forajido se acercó, mirándole a los ojos, y repuso:

—Bueno, quiero conocerle, aunque venga vestido de máscara, pero el jefe ha muerto… Lo hemos leído en la prensa.

—El jefe no ha muerto —aseguró Zenker—, aunque nos haya convenido que lo crean los demás. Y vengo en su nombre porque os necesito.

—¡Ah, bien! Si hay trabajo, no nos importa hacerlo para los muertos, si sus espíritus pagan en buenas monedas de oro.

Y rio groseramente su gracia.

—Pagará como siempre os ha pagado. ¿Cuántos sois?

—Ahora, cuatro. Dentro de un rato, ocho.

—No puedo esperar. Quizá con cuatro haya bastante.

—¿Para qué necesita tanta gente? ¿Hay que asaltar el Banco de San Antonio?

—No. Hay que deshacerse de un tipo que nos estorba.

—¿Y para eso cuatro hombres? Yo me deshago de media docena solo.

—Tú, sí, pero no del calibre del que yo quiero deshacerme. Necesitaré los cuatro y tendréis que trabajar con cuidado, no sea la última vez que os den tiempo a empuñar un arma.

Wolff rio sonoramente, pero Zenker, iracundo, gruñó:

—No seas fanfarrón. Nadie te niega méritos en tu carrera. Te conozco sobradamente para saber lo que das de sí, y, sin embargo, te digo que el tipo es uno de los hombres más peligrosos de todo el Oeste, y, si me apuráis, afirmaré que es el más peligroso de todos.

Wolff, molesto por las dudas de Zenker, repuso:

—¡Ni que se tratara del capitán Texas!

Zenker se estremeció, y, mirándole ansiosamente, preguntó:

—¿Le conoces?

—¿Que si le conozco? ¡Maldita sea su figura! Tengo una cicatriz en la espalda de un proyectil suyo, y si me salvé de caer en sus manos fue porque me jugué todo a una carta terrible y me arrojé por una torrentera.

—¿Te agradaría acabar con él?

—Vaya si me agradaría, pero… ¿quién es el que le ata los cuernos al toro? ¡Eso es muy difícil!

—¿Ves cómo tengo razón al decir que cuatro acaso seáis pocos?

El forajido palideció, preguntando tímidamente:

—¿No me irá usted a decir que se trata de él?

—Si no le conocieses te lo ocultaría, pero sabiendo quién es no puedo hacerlo. En efecto, se trata del capitán Texas.

—¡Y un demonio que le trague a usted! Yo no lo hago.

—¿Por qué?

—Porque sé cómo tira y lo rápido que tira.

—¿Te conoce él a ti?

—No. Sólo le vi aquella vez que íbamos en masa, pero lo recordaré toda la vida.

—Bien; si no te conoce, hay muchos medios de sorprenderle. Escucha. Ahora mismo está en una posada del poblado cenando. Sospecho que ha venido a indagar algo que me interesa. A lo mejor va a visitar algún garito buscando a alguien. Es fácil seguirle, entrar uno a uno, simular entre vosotros una riña y, al disparar, hacerlo sobre él. No lo sospecharía, y cuando quisiera darse cuenta estaría muerto. También podéis entrar uno a uno, reuniros en el mostrador y, a una seña, volver las armas y disparar sobre él. No puede salir con vida ni suponer el ataque… Piénsalo bien, porque mil dólares por cabeza no se ganan tan fácilmente.

La oferta era tentadora, y Wolff parpadeó con emoción al oír la cifra; pero, vacilante, no se atrevió a aceptar.

—¡Sois unos cobardes! —Gruñó Zenker—. Cuatro hombres que van a atacar por sorpresa a uno solo y tienen miedo… ¡Sois unos pistoleros de pega, y no sé cómo el jefe ha confiado en vosotros!

Wolff, picado en su amor propio, se irguió, y con ronca voz repuso:

—Bueno. Dé usted los mil quinientos, y hecho.

—Bien. Mil por intentarlo y los quinientos después si no erráis.

—Andando; pero acaso conviniese esperar a los otros.

—No puedo. Se me evaporaría, y no quiero dejarle marchar por todo el oro del mundo.

Los cinco abandonaron el antro, echando un vistazo a los clientes que había en él. Ninguno era hombre de confianza de

Wolff, y éste tuvo que renunciar a aumentar su cuadrilla.

Por lugares sombríos y solitarios, despegados para no llamar la atención, siguieron a Zenker, el cual, nervioso, avanzaba a grandes zancadas, deseando llegar cuanto antes a la posada.

Cuando doblaban una esquina de una calleja se detuvo, haciendo señas a los pistoleros para que se ocultaran detrás de él. En aquel momento Texas abandonaba la posada, pero no lo hacía solo.

Varios comensales habían concluido de cenar al tiempo suyo y salían en su misma dirección.

Aquello le salvó de morir de una andanada de plomo, pues Wolff, rabioso, murmuró:

—¡Qué lástima! Si no hubiese salido entre tanta gente, éste era un lugar ideal para haberle dejado seco, sin que nadie se hubiese enterado.

Tuvieron que resignarse a esperar, pues Jim, a quien le protegía la Providencia, alcanzó la calle principal entre cuatro o cinco personas más que le rodeaban inocentemente, bien ajenas a que estaban escudando su vida.

Texas se mezcló con la turba que a tales horas recorría la amplia calzada. Las luces de tabernas y garitos rebrillaban taladrando las sombras con los recuadros de luz de sus puertas y ventanas, y los porches de los establecimientos cobijaban un sinnúmero de caballos atados a sus postes.

Jim examinó varias pancartas anunciando los garitos, y por fin se decidió. «La Flor del Desierto» era uno de los muchos antros fáciles de visitar por toda clase de elementos sospechosos, y Jim conocía el establecimiento bastante bien.

Penetró resueltamente. La clientela era ya abigarrada; infinidad de vaqueros que regresaban de la ruta ansiosos de dar salida a los fajos de billetes ganados a costa de tantas privaciones y peligrosos, atestaban el local, y, al olor de sus billetes, multitud de tipos sospechosos, que acudían como moscas a la miel, brujuleaban en torno a ellos, buscando la forma de aligerarles de sus ahorros, bien sustrayéndoselos después de anularles en fuerza de alcohol, bien deslumbrándoles con las mayores ganancias ante la ruleta.

El tabernero, al ver entrar a Jim, se estremeció violentamente. Conocía a Texas de antiguo, el bravo capitán le había hecho algunos

favores que el industrial apreciaba en lo que valían, y Sam era para Texas un confidente muy valioso.

Jim hizo un guiño expresivo, y Sam, comprendiéndole, no hizo signo alguno de haberle reconocido. Indiferente, se apoyó en el mostrador, preguntando:

—¿Qué deseaba beber?

—Un vaso de gin…, si hay «algo que merezca la pena» después, también me interesa.

Sam comprendió, y, sirviéndole, aprovechó un momento para susurrar:

—Esto está infestado, capitán. Nunca hubo tanto indeseable en San Antonio como ahora.

—Pasaré dentro, Sam. Necesito algunos informes.

Apuró el vaso y desapareció tras una sucia cortina que cubría una puerta al fondo. Nadie pareció darse cuenta de su salida.

Poco después el tabernero dejaba en el mostrador a su dependiente y pasaba a reunirse con él a un cuarto reservado que destinaba a los clientes de honor.

—¿En qué puedo servirle, capitán? —preguntó.

—Quisiera saber qué elementos destacados del hampa rondan por San Antonio estos días.

—Los hay de peso, capitán. Puedo citarle a Tardy, a Scout, a Leprus y a Craw. Hay otros de menos categoría. ¡Ah!… También anda por aquí «El Lobo».

—¿Wolff?… ¿De qué recuerdo yo a ese sujeto?

—No sé; antes andaba enrolado en una banda; ahora se ha convertido en jefe. Mal bicho, por cierto.

—¿Vienen por aquí?

—Casi todas las noches, un poco más tarde.

—Bien, gracias. Es lo que quería saber. Voy a quedarme un rato a echar un vistazo.

Jim abandonó el reservado y salió a la taberna, sentándose en una mesa próxima a la puerta interior. Texas conocía el establecimiento y sabía que, en caso de peligro, podía escapar por las habitaciones del tabernero.

Sentado ante un vaso de ginebra, se dedicó a contemplar a los clientes.

La animación era extraordinaria y las voces atronaban la sala.

Apenas se había sentado, Wolff hizo su aparición y, colocándose ante el mostrador, pidió un vaso de *whisky*, al tiempo que echaba una mirada al parecer distraída alrededor, descubriendo rápidamente a Texas en su asiento.

Posó un momento en él sus ojos llenos de maldad, y Sam pudo captar aquella aviesa mirada.

Inquieto, decidió escurrirse para advertir a Texas, pero un nuevo cliente penetró, acercándose a Wolff.

—¡Caramba, Wolff! —dijo—. ¡Qué casualidad verte por aquí!

—¿Y a ti? ¿Vienes de la ruta?

—No; estuve en Austin. Cosas de negocios. Te invito.

—No; te invito yo a ti. ¿Vienes solo?

—Con dos compañeros que ahora mismo vendrán.

—Pues os invito a los tres. Sam, bebida para cuatro.

Mientras el tabernero despachaba la bebida, Wolff dio con el codo al recién llegado e indicó el lugar donde Jim estaba sentado. El forajido volvió la cabeza, y Sam, en guardia, captó la sutil escena.

Aquello ya era alarmante. Si el nuevo cliente venía de ruta, ¿por qué Wolff le señalaba a Texas? Su instinto avispado le advirtió que todo era una maniobra convenida.

Sirvió los vasos, y, tomando una botella y una bandeja, se dirigió resueltamente a la mesa de Jim, sirviéndole la bebida.

—¡Cuidado, capitán!… —dijo—. Aquel más alto es Wolff. Le ha mirado de un modo asesino y ha hecho señas disimuladas al que está con él. Se les van a unir otros dos. Esté alerta.

—Gracias. Veremos qué desean de mí tan ilustres pistoleros.

Por debajo de la mesa desenfundó sus revólveres y los empuñó disimuladamente, colocándose de forma que la mesa pudiese servirle de protección y no estorbase sus movimientos.

Con las alas del sombrero caídas sobre los ojos, pareció sumirse en un gesto de indiferencia, pero no perdía de vista a la pareja, a la que rápidamente se le unieron los dos compañeros anunciados.

Después de beber se quedaron charlando junto al mostrador, pero maniobraron de forma que, no estorbándose unos a otros, pudiesen dominar el lugar donde Jim se sentaba.

Texas captó la maniobra y ya no dudó que algo se intentaba contra él.

Mientras sucedía lo que fuese, trataba de recordar la fisonomía de Wolff, Era indudable que le había visto en alguna parte, pero no podía recordar dónde.

Pero eran tantos los indeseables con quienes había contendido en su vida, que resultaba imposible recordarlos a todos, sobre todo cuando carecían de categoría destacable.

El flujo y reflujo de los clientes abrió una brecha en el grupo que medio tapaba a Jim, y por un momento éste quedó descubierto en la línea de tiro de los pistoleros.

Wolff se dio cuenta de lo ventajoso del momento, se tensionó, miró a sus compañeros intensamente y, a un gesto que hizo con la cabeza, todos a una llevaron la mano a la cadera y desenfundaron con rapidez sus armas, volviéndolas contra Jim para disparar.

Un tableteo impresionante sobrecogió a los descuidados clientes, que se arrojaron a tierra para salvar sus vidas, al tiempo que un cuádruple rugido de rabia y dolor apagaba el estruendo de las detonaciones.

Cuando los clientes quisieron darse cuenta de lo sucedido, sólo pudieron descubrir, revolcándose en tierra, a Wolff y dos de sus compañeros, en tanto que el cuarto, apoyado de costado en el mostrador, pugnaba por sostener entre sus temblones dedos el «Col» que se le escurría de ellos.

Sobre el pecho, una roja mancha marcaba el lugar donde había recibido el impacto, y frente a él, tras de la mesa caída y empuñando fríamente sus dos mortíferos revólveres, Texas le contemplaba con dura mirada.

—Un «¡Oh!», de sorpresa y admiración recorrió el salón…

Bastaba contemplar el cuadro para observar que los caídos habían pretendido disparar a coro sobre Texas, y no se explicaban cómo éste consiguió adelantarse a ellos, alcanzando a los cuatro antes de que un solo proyectil llegase a él.

Jim avanzó sin prisa, con los ojos clavados en los caídos. Wolff ya no se movía, pues el proyectil le había entrado por la garganta destrozándosela, otro de sus secuaces se debatía en los estertores de la agonía. El que pudo mantenerse en pie más tiempo terminó por inclinarse de bruces, desvaneciéndose al caer, y solamente uno de ellos conservaba sus facultades, aunque los sufrimientos le obligaban a gemir y maldecir de manera impresionante.

Texas se acercó a él y, aplicándole el cañón del revólver a la sien, gritó:

—¡Habla, miserable coyote! ¿Quién os ha pagado para que intentaseis suprimirme de manera tan cobarde?

El bandido, sintiéndose morir, le miró turbiamente, y de súbito alargó las manos con ansia para apoderarse del revólver, pero, al hacerlo, dio un terrible golpe en el brazo de Jim, obligándole de modo involuntario a apretar el gatillo.

Vibró la detonación y el bandido se inclinó bruscamente de lado. La bala le había destrozado la cabeza.

Texas se irguió fríamente, afirmando:

—Él solo se ha hecho justicia. Lo siento, porque me interesaba que hablase.

El ruido de los disparos había atraído una multitud de curiosos, que se agolparon ávidamente a la puerta del establecimiento, ansiando abarcar lo que sucedía en el interior.

También Zenker, dominado por una terrible ansiedad, osó acercarse mezclado con el grupo, y, al empinarse y descubrir a Jim ileso entre los clientes que le rodeaban, comprendió que todo había fracasado, y un enorme pánico se apoderó de él.

Apresuradamente desapareció de allí temeroso de que alguno de los bandidos hablase y le descubriese, y una rabia infinita destilaba su alma.

Aquel demonio de hombre era imbatible. Parecía como si el diablo le protegiese para cruzarle en su camino, pero Zenker era tozudo hasta lo infinito y no se resignaba a perder la partida.

CAPÍTULO IV

UNA REDADA TERRIBLE

Una pareja de policías, atraída por el tumulto, se abrió paso entre los grupos, alejando a éstos, y se personó en la taberna, inquiriendo detalles del suceso.

Texas se los llevó a un rincón y habló un momento en voz baja con ellos, mostrándoles cierto papel. Luego indicó:

—Estos señores pueden dar a ustedes detalles desapasionados de lo sucedido.

Todos, empezando por Sam, contaron el hecho como se había desarrollado, y la pareja, que se mostraba muy deferente con Texas, dijo a éste:

—Bien, señor; puede usted marchar tranquilo. Nosotros nos ocuparemos de estas carroñas.

—Perfectamente. A pesar de ello, yo voy directamente al cuartelillo a hablar con su jefe. Debo hacerlo.

Abandonó el establecimiento y se dirigió al cuartelillo de policía, donde pidió ver al capitán de los batidores, quien le recibió amablemente.

Jim se dio a conocer, mostrando a la vez los plenos poderes que poseía, y después de contarle el suceso de que pudo haber sido

víctima, añadió:

—Capitán, estoy comisionado por el Gobierno para cumplir una delicadísima misión cuyo secreto no me es dado revelar por el momento, y quiero hacerle constar que, para el mejor éxito de la empresa, hay aquí unos cuantos indeseables destacados a los que convendría tener encerrados al menos durante quince días. Creo que no le faltarían a usted motivos para capturarles.

—Desde luego que no —afirmó el policía—; pero usted conoce a esos tipos. Saben lo que les puede esperar cuando son cogidos. Algunos, temerosos del cordel, prefieren morir matando, a entregarse. Estas redadas suelen costarme casi siempre algunos hombres.

—Lo comprendo, pero no le miento si le aseguro que el asunto es de sumo interés nacional. Merecía la pena hacer un esfuerzo, y conste que, aunque poseo plenos poderes para mandar, no lo hago, sino que insinúo la conveniencia de ello.

—Bien, voy a complacerle. Sé que habrá una batalla campal en San Antonio, pero acaso esto sea conveniente. Si suprimimos unos cuantos destacados, el resto se asustará, desperdigándose por la región.

—En ese caso puedo citarle algunos nombres muy interesantes. Por ejemplo, «El Tardo», «El Leproso», «El Explorador» y «El Buche», aparte de otros varios.

—¡Bonito cuarteto me cita usted! —comentó el policía—. Creo que tengo algunas cosas contra ellos.

—Pues hará usted una buena limpieza y facilitará mi labor.

—En ese caso cuente con ello. Mañana por la noche daré una buena batida. Prepararé mis mejores hombres.

—No me presto a ayudarle, porque hay un gran interés en que pase desapercibido. Mi nombre es un imán, y más de uno podía interesarse por mis actividades, cosa que necesito evitar.

—No es preciso. Poseo gente de agallas para ello.

—Pues en los garitos de «Texas Street» cazará usted a lo más florido de esa carroña.

Texas se despidió de él, pero el capitán no quiso dejar que se aventurase solo por las calles de San Antonio a tales horas, después de lo sucedido, y destacó cuatro hombres que siguieron sus pasos ojo avizor.

La precaución no estuvo de más. Zenker, desesperado del fracaso, habíase apostado en las proximidades del hotel, dispuesto a llevar a cabo él solo lo que cuatro pistoleros de envergadura no habían podido realizar, y con su aspecto de anciano pordiosero esperaba, con el sombrero en la mano en actitud de pedir limosna, el regreso de su más implacable enemigo.

Solicitaría de él una limosna y, cuando le tuviese a su lado, sacaría la mano armada del fondo de su chaqueta raída y dispararía sobre él a boca de jarro.

Pero su proyecto se vio fallido. Cuando vio avanzar a Jim seguido de los cuatro policías uniformados, comprendió que Texas no dejaba nada al azar, y, lleno de desesperación, se vio obligado a renunciar a su loco plan.

Pero esto sólo era un incidente de los varios sufridos y quizá de los que aún debía sufrir. Quedaba mucho tiempo por delante y no siempre las circunstancias debían favorecer a su rival.

Cuando vio desaparecer a Jim por la puerta del hotel, comprendió que por aquella noche nada quedaba por hacer y se retiró a una posada de pésimo aspecto, en la que consiguió un lecho repugnante, indigno de su posición social, pero Zenker era un fatalista que todo lo aceptaba en beneficio de sus proyectos.

Al siguiente día madrugaría y espiaría a Texas. Éste no había empezado aún a cumplir su misión y Zenker sentíase verdaderamente intrigado por descorrer el misterioso velo de su presencia en San Antonio.

Jim no era capaz de abandonar a Stella por un simple capricho de hacer una visita al poblado, y el tenaz secretario estaba convencido de que su presencia allí estaba ligada más o menos con sus múltiples negocios en marcha.

* * *

Zenker apenas durmió aquella noche, y muy temprano ya se había situado en los aledaños del hotel, espiando a todos los que salían.

Sobre las diez descubrió a Texas, quien, sin escolta alguna, se lanzaba al tráfago de la ciudad.

Pero a tales horas era una locura intentar algo contra él, y

Zenker se resignó a renunciar a sus mortales proyectos, limitándose a seguirle con curiosidad.

Fue una sorpresa para él verle entrar en el Banco de Texas. No suponía que un hombre tan rico como él tuviese necesidad de desplazarse desde Austin para extraer dinero, y sospechó que su visita tenía una más honda trascendencia.

Amparado en su disfraz, subió tras él rozándole las espuelas, y así pudo comprobar que, en lugar de dirigirse a las ventanillas de pago, se encaminaba al despacho del director.

Jim habló un momento con el empleado vigilante, y poco después era introducido en el despacho del director. El nombre de Texas era una especie de «ábrete, sésamo», y en cualquier sitio se le recibía con preferencia al ser anunciada su visita.

El director del banco le hizo sentar frente a él, y Texas se apresuró a advertir:

—Conste que, de momento, mi visita es extraoficial. Creo que me he adelantado a los acontecimientos, pero lo he hecho estimando que mi gestión tiene mucha importancia. Dentro de poco recibirá usted instrucciones secretas sobre el objeto de la conversación que vamos a sostener confidencialmente, y entonces…

El director, con un gesto, cortó el preámbulo, diciendo:

—No se moleste, pues las instrucciones las he recibido hace una hora. Sé a lo que viene usted.

—Me congratulo mucho. Quise orientarme un poco antes de emprender la gestión oficial, y por eso vine a San Antonio. Si está usted informado, tanto mejor.

—Lo estoy, y me tiene a sus órdenes.

—Bien; no pretendo más que conocer un poco las interioridades del banco y saber qué medidas tiene usted tomadas para el traslado del oro y quiénes son los que van a intervenir en las operaciones.

—Pues todas las personas que en menor cantidad sea posible. Desde luego, para el embalaje del oro verdadero sólo intervendremos mi secretario, un cuñado mío en quien tengo la más absoluta confianza, y yo. Vendremos por la noche, nos dedicaremos a ir preparando todo y nadie sabrá una palabra del cambió de cajones, a menos que sea adivino.

—¿Cuántas cajas habrá que transportar?

—Doce. Abultan un poco, y, aunque parecen de madera, estarán

forradas de hierro por dentro. Son algo especial.

—¿Y el asunto de las diligencias?

—Lo tengo solucionado. La que hará el transporte de las cajas falsas es una diligencia local. El dueño es amigo mío y le he dicho que necesito una para hacer el traslado de cierta documentación que debe ser trasladada al archivo de Austin. Cree sinceramente que esto es lo que se va a transportar. La que en verdad traslade el oro está alquilada hace un mes, pagando diariamente por ella sin usarla, y la tengo escondida a dos millas de aquí. En el momento oportuno, a la hora exacta, un conductor de toda confianza se hará cargo de ella y llegará al banco en el minuto señalado. Lo demás, Dios ha de decirlo.

—Bien. Veo que es usted hombre previsor. Lo malo es el personal.

—Éste no sabe nada. Hace un mes que tenemos embaladas las piedras que han de substituir el oro. Fingí un arreglo que aún no se ha hecho en un sótano, e hice traer piedra en cantidad. Nadie se ha preocupado de ello. Mi secretario y yo nos hemos quedado a trabajar muchas tardes después de salir el personal y hemos embalado las piedras, cerrando las cajas que tengo bajo llave. El día que haya que hacer el traslado, las subiremos entre los tres al lugar adecuado y citaremos a los empleados precisos a la hora justa del embarque. Cuando hayan dejado las cajas en la diligencia, les despediremos, y media hora más tarde llegará la otra, y entre nosotros tres haremos la carga.

—Seremos cinco cuando menos —advirtió Jim—. Yo vendré con mi ayudante para proceder al traslado.

—Mucho mejor.

—¿Cuándo cree usted que podrá llevarse a cabo el asunto? — preguntó Texas.

—A partir de tres días, cuando dispongan.

—Bien. Yo me vuelvo mañana a Austin y hablaré con el gobernador. Debe darme el itinerario e instrucciones para el viaje. Me quedo esta noche, porque yo también he tomado mis precauciones y he instado al jefe de policía para que de una batida y recoja una gran cantidad de indeseables que pululan por aquí y que pueden constituir un peligro imprevisto. Presiento que esta noche habrá ruido de «ferretería» en San Antonio.

—No es mala idea. Me alegro que me lo advierta, para no salir de casa después de anochecido.

—Bien. Puesto que estamos de acuerdo, nada más tengo que añadir. A partir de la fecha indicada, esté prevenido, que yo regresaré con instrucciones concretas.

—Lo que hace falta es que la suerte nos acompañe. San Antonio se está poniendo imposible. La redada de esta noche servirá como medida saludable para una semana; pasada ésta, todo se habrá olvidado y los pistoleros y rufianes volverán a posesionarse del poblado. Es un rico filón que no pueden abandonar mansamente.

Jim se despidió del director y regresó al hotel. Ya nada tenía que hacer, y solamente aquella noche, por curiosidad y con precauciones, se asomaría a la zona maldita para cerciorarse de que la terrible batida surtiría el efecto apetecido.

Zenker le estuvo espiando todo el día, pero se aburrió al observar que Jim se había recluido prudentemente. Pero, a pesar de la aparente inactividad de Texas, adivinaba que algo grande traía entre manos. La visita al director del banco debía obedecer a alguna cosa extraordinaria, ya que Jim no tomaba parte en asuntos vulgares, y se devanaba los sesos en preguntarse cuál sería el proyecto en que pensaba intervenir.

De todas formas, estaba advertido y se pegaría a él como su sombra. Mucho le interesaba suprimir al terrible héroe del Oeste, pero su egoísmo le llevaba más lejos y se proponía antes de iniciar un nuevo ataque contra su enemigo averiguar qué asunto guiaba sus pasos y si merecía la pena intervenir en él.

* * *

Sería aproximadamente la una de la noche, cuando un fuerte contingente de batidores compuesto de más de cincuenta individuos escogidos entre los más arrojados y corpulentos del cuerpo abandonaron el cuartelillo en sección de cuatro para no llamar la atención, y, diseminados por distintas callejas del poblado, coincidieron a una hora exacta, tanto en la entrada y salida de la calle principal, como en las bocas de las callejas que la partían.

Así, antes de que nadie se diese cuenta del intento de copo y pudiera dar el soplo a los indeseables que, confiados en su

impunidad, llenaban los garitos, quedaron cortados todos los escapes y encerrados en un círculo de revólveres muy difícil de romper.

El propio capitán de los batidores, al frente de una sección de doce hombres, se dispuso a verificar los registros. Sabía que el primero lo conseguiría por sorpresa, pero de allí no pasaría, porque se armaría trifulca y todos los garitos de la calle se sentirían conmovidos y en pie de guerra.

Pero era un hombre entero incapaz de retroceder por nada, y aunque tenía el presentimiento de que no habría de escapar con bien de la refriega, no se detuvo a ponderar su seguridad personal.

Avanzó resueltamente y, empujando la puerta del primer tugurio, entró seguido de sus hombres, que encañonaron a todos los clientes siniestramente, y ordenó:

—¡Arriba las manos, rápidos! ¡Que no tenga que repetirlo!

Fue un movimiento de pánico general. Todos conocían sobradamente el valor de los batidores de Texas y sabían que no había peligro que les amedrentase; por ello, al requerimiento, obedecieron en medio de la más angustiosa expectación.

El capitán, un hombre de unos cincuenta años, alto y fuerte como un toro, que pertenecía al cuerpo desde que contaba diecinueve y conocía a casi todos los malhechores que habían desfilado por la región, pasó rapidísima revista a los presentes, y exclamó:

—¡Hola!… ¡Si anda por aquí mi querido amigo «El Escuerzo»!… Precioso sujeto al que no tenía el gusto de saludar desde que fue atracada la diligencia de San Antonio a Rock Spring. Fuiste muy hábil escapando a uña de caballo aquella noche. Haz el favor de dar unos pasos, que mis hombres tendrán mucho gusto en estrechar tus manos.

El forajido se resistió, gruñendo:

—Está usted equivocado, capitán; aquella noche yo no estaba en Rock Spring…

—Claro que no estabas… Tu caballo te llevó más lejos después de fallar el golpe… Avanza, «Escuerzo», que tengo mucho que hacer esta noche…

El aludido se adelantó, lentamente, con las manos en alto, pero de súbito, al pasar junto a uno de los clientes cuyo revólver le rozó

el costado, bajó la mano con celeridad y le arrancó el arma, disparando.

Pero perdió mucho tiempo en la acción. Cuando el proyectil salió de la boca del revólver, lo hizo sin puntería, a impulsos de una contracción dolorosa, porque por dos veces había tronado el revólver del capitán, y las dos balas se le habían alojado en el vientre.

—Tú lo has querido, «Escuerzo» —apuntó el policía—. De todas formas, no creo que Texas se vista de luto para llorar tu muerte… Muchachos, registrad a estos tipos… Aquellos dos que se esconden en el rincón llevadlos al cuartelillo.

Las detonaciones habían provocado la alarma en las cercanías. Alguien desde la calle distinguió a los policías en el interior de la taberna, y como un cohete descendió al garito más cercano a dar la voz de alarma. Ésta, como un telégrafo pintoresco, se fue corriendo de antro en antro, y así, cuando el capitán, con los dos prisioneros y sus hombres, salió a la calle, adivinó que una terrible batalla iba a ser entablada.

Se detuvo, y ordenó a uno de sus hombres:

—Dejad este par de pájaros allá arriba y que bajen los que guardan la entrada de la calle. Que se peguen a las paredes… No tardará en funcionar la ferretería.

Sus cálculos se vieron confirmados prontamente. Apenas habían avanzado una docena de metros con dirección al establecimiento más próximo, varias detonaciones rasgaron las tinieblas y los proyectiles pasaron silbando siniestramente junto a ellos.

Las luces de las tabernas se apagaban como por encanto, una zona sombría se extendió por toda la calle, y sólo el lívido fulgor de las armas tronando trágicamente rasgaba la obscuridad.

Los policías se arrojaron a tierra y arrastrándose, continuaron avanzando. De las bocas de calle más cercanas surgían nuevos elementos de orden dispuestos a sumarse a la lucha, y el crepitar de las armas aumentaba en intensidad por momentos.

Cada vez que alcanzaban una taberna o garito tenían que librar una batalla para forzar el paso. En la penumbra vibraban los disparos más siniestramente, agudos ayes de dolor se mezclaban a los disparos, voces roncas maldiciendo brotaban en la obscuridad, y algunos, más medrosos o menos comprometidos, pedían armisticio,

prometiendo entregarse.

Los que buenamente se rendían eran llevados a retaguardia por un policía, que los entregaba a una pareja de compañeros para que los esposase de pies y manos, mientras el resto seguía avanzando, dispuestos a verificar una limpieza completa.

El estruendo era infernal. A veces algún indeseable cobijado en el vano de una puerta trataba de pasar desapercibido para filtrarse entre sus perseguidores y escapar. Las más de las veces era descubierto y encañonado. Si se rendía, se le apresaba; si se resistía, no había vacilación ni misericordia para él.

Pero el éxito distaba mucho de acompañar a los policías.

Los indeseables refugiados en los garitos de aquella zona eran muchos; algunos, buscando posiciones ventajosas para la defensa, habían escalado los inclinados tejados de los edificios y disparaban desde ellos con desventaja para los policías, que no podían localizarles a aquella altura y en medio de las tinieblas.

Texas, que se había refugiado en un establecimiento de los alrededores, ansioso por estar cerca del lugar de la lucha y darse cuenta del resultado de ésta, adivinó que las cosas se desarrollaban más broncamente que habían supuesto, y entendió que era una obligación moral suya acudir en auxilio del capitán, a quien había embarcado en aquella trágica aventura.



Texas, volviendo a alcanzar un...

Al captar el estruendo de los disparos se apresuró a salir, unido a un buen grupo de clientes, que, asustados, se limitaban a huir en dirección contraria, dejándole solo.

Texas, con el revólver empuñado, avanzó hacia la calle principal, pero cuando alcanzaba la sombría cala de una calleja próxima vibró una detonación y un proyectil se clavó en la madera de la pared casi junto a su cabeza.

Jim se arrojó a tierra y contestó a la agresión. Ignoraba quién podía haber disparado contra él, pero presumía que debía ser alguno que huía ciegamente de la redada. Lo que menos pudo sospechar fue que se tratase de Zenker, al que suponía escondido a muchas millas de Texas.

Arrastrándose en la zona más obscura para hurtar el cuerpo a nuevos disparos, avanzó. La calle había quedado solitaria y no se divisaba una sombra humana a lo largo de ella.

Pero cuando alcanzó la entrada a la calleja no descubrió a nadie. No podía descubrirlo porque Zenker, dándose cuenta de que había fallado el disparo, y conociendo el ímpetu y la puntería de Texas, había huido como un gamo antes de verse sorprendido por su enemigo o por algún policía de los que rondasen por allí. Jim se

incorporó y a todo correr alcanzó la entrada de la calle principal, donde una pareja le encañonó, pero, dándose a conocer, preguntó:

—¿Dónde esto el capitán Thompson?

—Allá abajo, en medio de la trifulca… Eso en el supuesto de que viva aún —afirmó uno de los policías.

Jim avanzó pegado a las fachadas, guiándose por el resplandor de los fogonazos, hasta unirse a los policías, mientras llamaba a gritos al capitán.

Éste, que había recibido ya un arañazo en la frente, se acercó, diciendo:

—¿Qué diablos hace usted aquí?

—Compartiendo su suerte, Thompson. Yo le he embarcado en este brulote y debo correr el temporal con usted.

—Pues no creo que sea bueno aseguró el policía. —Lo que más me retrasa son esos coyotes que se han posesionado de las alturas.

—Bien, déjemelos a mí —aseguró Texas—. Diga a sus hombres que no disparen a lo alto, por si me dan a mí. Yo se los iré arrojando a la calle.

Retrocedió hasta la entrada y, penetrando en uno de los garitos que ya habían sido desalojados, buscó la subida al tejado hasta alcanzarla.

Ya arriba, buceó con la mirada. Cerca no había ningún emboscado, pero algunos edificios más adelante cobijaban tres o cuatro francotiradores que, tumbados de modo violento sobre el inclinado vano del tejado, disparaban hacia la calle.

Texas avanzó cautelosamente, y cuando llegó a un sitio desde el que podía dominar bien a sus contrarios, se pegó al tejado y disparó con rapidez pasmosa.

Un triple grito de dolor rasgó las tinieblas. Uno de los emboscados rodó como una pelota a la calle. Los otros dos se irguieron intentando escapar, pero, perdiendo el equilibrio, cayeron también al vacío, mientras Texas, sonriendo humorístico, continuó avanzando.

Aún eliminó a otro par de emboscados antes de llegar al límite de la solución de continuidad de los edificios. La próxima calleja cortaba la fila y tenía que descender para volver a empezar.

Lo hizo sin contratiempos. Los policías, aunque penosamente, continuaban avanzando, acorralando a los que aún se defendían a

mitad de la calle, y Texas, volviendo a alcanzar un nuevo tejado, continuó su limpia, que adquiría caracteres dramáticos.

Cada estampido de su revólver era un forajido cayendo al vacío, y así llegó hasta un lugar donde debajo de él crepitaban los disparos intensamente.

Se asomó con precaución, descubriendo a un grupo que apresuradamente había construido una especie de trinchera con cajones y barriles vacíos, y, escudado en tal parapeto, traía en jaque a sus enemigos, no permitiéndoles avanzar ni desde arriba ni desde abajo.

Gente bronca y de pésimos antecedentes, sabían lo que les esperaba si se rendían, mucho más después de haber hecho frente a la Ley, y se defendían sañudamente disparando con furor.

Texas se orientó por la intensidad de los fogonazos, y, cargando sus dos revólveres, extendió los brazos y empezó a disparar con saña.

Los forajidos, sorprendidos por aquel ataque inesperado desde las alturas, creyeron que éstas habían sido tomadas por los batidores, y desorientados, sufriendo los mortíferos efectos de los disparos de Texas, se diseminaron como lobos acosados, buscando la huida a través del intenso fuego de los policías.

Varios cayeron en el ataque, otros pudieron romper el cerco, no sin llevar en sus carnes la mordedura del plomo; algunos tuvieron que luchar cuerpo a cuerpo con los representantes de la Ley para vencer o ser vencidos, y, después de una intensa y dramática lucha, y cuando ya empezaba a alborear, la redada se dio por conclusa.

Cuando el capitán, al que se le había unido Texas, hizo una requisa aprovechando la indecisa luz de la mañana, la calle ofrecía un aspecto siniestro.

Muchos cuerpos aparecían rígidos y atravesados, empuñando aun rabiosamente sus mortíferos «Colts»; otros se arrastraban sangrantes pidiendo ayuda; algunos se habían refugiado en los establecimientos y eran sacados como conejos asustados, mientras mesas, banquetas, algún mostrador arrancado violentamente, cajones y barriles aparecían destrozados, después de haber servido de parapeto a los rufianes.

En el cuartelillo se hallaban recluidos más de cuarenta individuos de pésimos antecedentes y algunos de los más destacados

jefes de banda, como «El Lobo», «Jim el Flaco», «Bill el Tuerto» y otros de su jaez, habían caído luchando, antes que entregar sus cuellos al cordel.

El capitán, que sangraba de la frente y de un brazo, exclamó:

—No ha sido mal redada, señor Texas. Espero que esto sirva de saludable aviso a los que merodean por ahí. Pero debo reconocer que gracias a usted se ha conseguido con el mínimo de pérdidas. Me han matado seis hombres y tengo heridos doce, pero vea los que cayeron. Me siento satisfecho de la pesca y espero que mis jefes se sientan también contentos de ella.

—Yo también lo espero, capitán, y como cada cual debe llevar su premio o su castigo, espero que usted reciba lo que merece. Mi misión es muy espinosa, pero creo que usted; con breve exposición de su vida, me la va a facilitar mucho. Mañana, cuando llegue a Austin, daré cuenta de su valiosa ayuda, y en momento oportuno haré que se sepa en la Casa Blanca. Hombres como usted honran la Patria y deben ser honrados por ella.

El capitán agradeció los elogios y la promesa, y dio orden de hacer una recogida de todas aquellas carroñas. La vida de la ciudad no podía estar cortada por semejantes estorbos.

CAPÍTULO V

AL ACECHO

A la mañana siguiente, Texas, cumplida su misión, tomó el tren, regresando a Austin. Zenker, pegado a él como una sombra, viajó en un coche inmediato, y así ambos llegaron a la capital mediado el día.

Jim se dirigió directamente al hotel. Estaba intranquilo por lo que pudiese haber sucedido en su ausencia, aunque confiaba ciegamente en Niño.

Se dirigió directamente al cuarto de Stella, la cual se hallaba reposando la comida. La joven, al ver aparecer a Jim, se levantó impetuosamente y una oleada de sangre afluyó a su rostro:

—¡Oh, Jim! —Exclamó, tomando sus manos y estrechándoselas con efusión—. ¡Qué contenta estoy de volverle a ver sano y salvo!… ¡He pasado unas horas de tanta angustia!…

—¿Por qué, Stella? Nada ha sucedido que…

—¡Oh, no me mienta! —repuso ella—. Acasos no ha leído usted la prensa hoy.

—No, no he tenido tiempo. ¿Es que habla de mí, acaso?

—No; de usted precisamente, no; pero da detalles terribles de una redada que se hizo anoche en San Antonio. Sólo dice que a la

hora de telegrafiar la batalla estaba en pleno apogeo…

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. Yo sé que usted no ha ido a pasear por gusto a San Antonio… Me dice el corazón que estuvo usted metido en ese horrible asunto.

—Bueno. Admitamos que pudo ser. Me limité a echar una mano al capitán que mandaba los batidores. Poca cosa.

—Usted no da importancia a lo que hace, ni mide el peligro. Me da usted mucho miedo.

—Bien. ¿Quiere que no hablemos de eso? No merece la pena. Unos tiros para detener a un puñado de indeseables que infestaban la ciudad. Muy poca cosa… ¿Por aquí todo bien?

—Todo.

—¿Y Niño?

—Se ha portado estupendamente bien. Le juro que no se ha emborrachado.

—Menos mal. ¿Dónde anda esa mula?

—No sé. Le dije que iba a reposar la comida, y quedó en volver dentro de un par de horas.

—Voy en su busca. Tengo que hablar con él. Descanse usted, y esta tarde saldremos a dar un paseo.

—¡Magnífico!… ¡Hace un tiempo espléndido!

Texas abandonó la estancia y pasó a la de Niño, no encontrándole. Supuso con cierta lógica que lo encontraría en el bar, y se dirigió directamente a él, pero, al cruzar el pasillo, la voz ruda y harto conocida de Niño le obligó a detenerse.

La voz partía del interior de una de las habitaciones, y Texas, intrigado por lo que oía, se detuvo, escuchando entre asombrado y humorístico.

Niño, con acento persuasivo, decía:

—¡Maldita sea Sonora, repinto! Te juro, chula, que te estoy diciendo la verdad o así. Yo no soy el que parezco, rechula. Yo soy un millonario mejicano que viajo de incógnito con mi amigo Jim, ¿sabes? ¿Tú ves Austin? Pues, si lo deshaces, lo metes en carretas y lo llevas a Sonora, todo el pueblo cabe en nuestras posesiones y no se nota…

—Ya será algo menos, señor Mendoza —replicaba una voz femenina y coqueta.

—Bueno, chula; pongamos que sí se nota, pero no nos estorbaría para nada… ¿Y reses? Cada rodeo que se hace tardan seis meses en contarlas… Te juro que si me haces caso me caso contigo y te llevo a Sonora, donde ibas a ser la reina más rechula de todo Méjico.

—Bueno, bueno; ustedes, los hombres, prometen mucho y luego… Una vez vino un viajante que me prometió hasta el caballo de Troya, y luego…

—¿El caballo de Troya? —interrumpió Niño—. ¡Pero si eso era un penco indecente! Yo conocí a ese forajido y a su caballo, y era una birria o así… Si tú deseas un caballo repinto, hasta con seis patas para que corra más, vente a Sonora y te regalo un campo lleno de ellos… ¡Si los crío y los regalo a todos los que llaman a la puerta de mi hacienda!…

Texas, cansado de oír fantasear a Niño, echó a andar taconeando fuerte y silbando una canción muy popular durante la guerra. Aquella canción era como un clarín de llamada para el mejicano, el cual, al oírla, abrió la puerta con violencia, diciendo:

—Espérame un poco, rechula, que güelvo en seguidita creo yo. Necesito hablar con mi amigo sobra un negosio sin importansia, ¿sabes? Una partidita de alfalfa para los caballos… Total, nada…, unos cuatro o sinco millones de pesos para que los pobres caballos no se mueran de hambre.

Y sin esperar respuesta, corrió tras Texas, llamando:

—¡Maniato!… ¡Repinto! ¿Has regresado ya o así?

Jim, fingiendo sorpresa, preguntó.

—¿Cómo? ¿Has cambiado de habitación?

—¡Oh, no! Es que, ¿sabes me encontré con un amigo de Sonora que viene a negosios?, y estaba charlando con él, pero te vi y…

—¡Ah!… ¡A negocios! ¿Acaso de caballos?

—Justamente, creo yo… Creo que necesita alfalfa, y… a propósito, Manito: ¿quién fue Troya?

—No le conozco.

—¿Cómo no? Uno que tenía o así un gran caballo.

—Ah, sí, Menelao, el hijo de Atreo. Era rey de Troya.

—Bueno, manito, no me embromes. ¿Tenía un caballo mejor que los nuestros?

—Eso dice la Historia… Pero el pobre murió de viejo hace un millar de años.

—¿Un millar de años? ¡Maldita sea Sonora! Bueno… Cuando vuelva a hablar con esa chula, va a saber lo que es tomar la cabellera a un pringao como yo. ¡Mil años, y me dise que le ofrecía el caballo! ¿Para qué querría la muy pelada esa carroña podrida?

Texas rompió a reír, y Niño, dándose cuenta de que le estaba embromando, repuso:

—Bueno, tú ríete, pero a mí no me engañas. Ya averiguaré quién era ese cuatrero y lo que hiso con el caballo…

—Está bien, Niño; tendré mucho gusto en saber qué fue de sus pobres huesos.

Y, cambiando de conversación, añadió:

—Dime, ¿ha sucedido algo?

—¿Qué va a suceder, manito? Si esto parese el desierto de Arisona… Estoy más aburrido o así que un sapo en un arenal.

—Pues prepárate, que tendrás distracción, y movida. Es fácil que dentro de dos o tres días salgamos en comisión para un asunto muy serio.

—¿Con tiritos, Jim?

—A lo mejor para llenarte la barriga de plomo, y ¡adiós tus posesiones de Sonora, tus millones de caballos y tus tres millones de alfalfa!

Niño, al darse cuenta de que Texas había escuchado parte de su conversación repuso, enrojecido:

—Bueno, manito, algo hay que desir a las mujeres para que no le tomen a uno por un pelao pringoso o así…

—Claro, claro; pero un día tropiezas con una que acepta…

—Pues… la llevo a Sonora, la suelto en el valle y la digo: «Echa para adelante, preciosidad, que todo esto es tuyo…». Y la dejo allí para los restos.

Texas pasó a su dormitorio, donde se lavó, y luego advirtió a Mendoza:

—Voy a hacer una visita importante. Cuando regrese sabremos el día de la partida.

Y se dirigió directamente a visitar al gobernador.

Cuando entró en su despacho, el gobernador le tendió la mano efusivo, diciendo:

—¡Por todos los santos, capitán! ¿Qué diablos ha hecho usted en San Antonio?

—¿Yo?

—¿Acaso cree usted que no poseo informes? He recibido uno muy completo del capitán de los batidores, en el que me da cuenta de todo.

—Lo dudo. Porque puedo afirmar que se habrá callado modestamente los actos de valor que realizó. Yo apenas si intervine a última hora, y, en cambio, le lancé a semejante aventura, que le costó recibir dos heridas. Espero que le sea tenido en cuenta.

—Así será, puesto que usted lo afirma y lo desea, pero usted…

—Yo sólo hice desbrozar el camino de lodo. Creo que, después de la redada de anoche, las posibilidades de éxito serán el doble.

—Yo también lo creo, y para ello he hablado con el director del banco. Todo está conforme, y sólo falta fijar la fecha que nos parezca mejor para el traslado del oro. El director del Banco de San Antonio me indicó que a partir de pasado mañana, cuando queramos.

—Estoy a sus órdenes.

—Pues tiene usted carta blanca para maniobrar. Los detalles quedan a su iniciativa.

—Poco tengo que hacer. Aquel buen hombre ha estado en todo y lo tiene formidablemente organizado. Si se malogra, no acierto a explicarme por qué podrá ser.

—Tanto mejor. ¿Cuándo sale usted para allí?

—Mañana por la noche. Antes tengo que resolver aquí un asunto.

—Dígame qué gente necesita.

—Nadie; es mejor. Llevo conmigo quien vale tanto como yo, opino que cuanta menos gente intervenga más seguridad y menos llamaremos la atención.

—De todas formas, dos personas, por valientes que sean, me parecen pocas. Le recomiendo un californiano que tengo como empleado en aquel banco, que se distinguió enormemente en la guerra. Es fuerte como un toro y valiente como un león.

—Le acepto. Ya me lo presentará cuando vayamos a salir.

—Bien; me pondré en comunicación con San Antonio y le avisaré al hotel. De momento, le dejo libre.

—Gracias. Voy a dedicarme a resolver mis propios asuntos.

Texas regresó al hotel y, anochecido, hizo algunas visitas a

determinados amigos suyos de la ciudad Estaba preocupadísimo con Stella y quería dejarla durante su ausencia lo más segura posible.

El hotel era céntrico y bastante concurrido pero no le merecía seguridad, y aunque estaba en la creencia de que sus enemigos nada sabían de él, su innata prevención le obligaba a no descuidar detalle.

A la hora de la cena regresó al hotel y bajó al comedor con Stella y Niño. Éste parecía muy satisfecho, y de vez en vez se llevaba la mano al bolsillo y hacía tintinear en él las monedas que guardaba.

Texas adivinó que algo quería expresar con aquel gesto, y preguntó, zumbón:

—¿Qué es eso, Niño? ¿Llevas ahí los tres millones de dólares por la alfalfa?

—¡Al diablo la alfalfa y el caballo del señor Troya!… No, no llevo tres millones. Se trata únicamente de cuarenta y cinco dólares.

—¿Y esa cantidad merece darle el aire que tú le das?

—Te diré, manito. Yo había ganado una apuestesita… creo yo…

—¡Ah, sí! Olvidaba que habías apostado a ver quién era más borracho en todo Méjico…

—No es eso, maniato. ¡Maldita sea Sonora! Tú sabes que yo no soy borracho o así…, pero aposté… y gané…

—¿Y qué?

—Nada, manito…, que esta tarde me encontré en una plasa a uno de los pringaos que había perdido y le reclamé los cuarenta y sinco dólares sin réditos, creo yo, y el muy pelao se negó a devolverlos, disiendo que yo le quería estafar o así… Claro es que le obligué a rectificar con la cabesa metida dentro de un pilón lleno de agua que había en la plasa… Me pagó, ¿cómo no, repinto?, pero tuve que haserle beberse sien litros o así de ese asqueroso elemento que beben las caballerías.

Stella reía divertida, y Niño, muy ufano, sacaba los relucientes dólares para que nadie dudase de su aserto.

Texas, preocupado con sus cosas, cambió la conversación, diciendo:

—Stella, esta noche tenemos que separarnos.

Ella palideció intensamente, pero Jim se apresuró a añadir:

—Es cuestión de ocho días, Niño y yo tenemos que marchar a

cumplir una importante misión, y como no quiero dejarla a usted sola en el hotel, le be buscado alojamiento en casa de un matrimonio amigo mío, con el que estará usted como en su propia familia.

Ella suspiró respondiendo:

—No puedo negarme, Jim. Sé lo que le debo y sé que todo lo hace por mi bienestar. Me resigno.

—Hace usted bien. Ya le digo que es cuestión de poco, y después, sólo me ocuparé de su asunto hasta resolverlo. Ahora le ruego que arregle sus ropas, pues a las diez he quedado en que iremos a casa de mis amigos.

Stella, desganada, subió a su estancia a ocuparse de su modesto equipaje, y Niño, con los ojos brillantes, exclamó:

—Manita, ¡por la Virgen de Guadalupe!, dime de qué se trata.

—De un paseo en diligencia.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Es que tenemos que ir a Nueva York? Ocho días de diligencia me parecen muchos días, ¡repinto!

—Así tiene que ser. Será un paseo por donde a nadie se le ocurriría ir en diligencia.

—¡Ah, bien!… ¿Habrá tiros?

—Posiblemente.

—Entonces me estoy un mes subido en lo alto de la baca, disparando el revólver. ¿Cuándo salimos, manito?

—Ya te lo diré. Quizá pasado mañana.

Stella volvió a advertir que todo lo tenía preparado, y Niño subió en busca de su enorme maleta, que para él parecía una pluma en sus manos.

Los tres abandonaron el hotel, dirigiéndose, por calles extraviadas, a una casita aislada lejos del centro. Jim estimaba que aquel lugar algo solitario era el más indicado para ocultar a la joven.

Los dueños del piso, un matrimonio ya de cierta edad, acogieron a Stella cordialmente. Él había sido compañero de armas de Texas durante la guerra y guardaba hacia él un entrañable afecto.

La joven se sintió reconfortada con el recibimiento y Jim, dirigiéndose a su amigo, dijo:

—Espero que no sean más de ocho días, Arthur. No te dará mucha molestia.

—No digas tonterías, Jim. Esta casa es tan suya como tuya y mía. Vete tranquilo, que aquí se encontrará como en familia.

Texas se despidió de la joven con un mudo apretón de manos. Ella no se atrevió a decir nada por vergüenza, pero en el brillo de sus ojos, en los que trataba de contener dos furtivas lágrimas, se adivinaba el sufrimiento interior que sentía por el peligro que él pudiese correr.

También él sintió una punzada dolorosa al tener que dejarla. Se estaba acostumbrando tanto al roce continuado con ella, que empezaba a preguntarse si no la echaría demasiado de menos el día que tuviesen que separarse definitivamente.

Niño, que era un malicioso y adivinaba los sentimientos que ambos albergaban, refunfuñó al salir:

—Eres una mala bestia, manito. Si yo tuviera al alcance de mi mano una chula tan requetelinda como esa, iba a andar a tiros por los caminos la estatua de Washington.

—¡Cállate, imbécil! ¿Qué sabes tú de patriotismo?

—Nada, ¡repinto!…, pero sé de esas cosas… ¡Pues pocas mujeres que han perdido el sentido por mi persona! Lo que pasa es que yo no he hecho caso a ninguna todavía, que sino…

Y escupió despectivo contra una piedra.

Silenciosamente regresaron al hotel. Texas no se sentía con ganas de hablar, y Niño, que le conocía muy bien, sabía lo expuesto que era interrumpir sus reflexiones.

Tan seguros se creían de posibles contingencias, que ninguno de los dos llegó a sospechar por un solo momento que alguien pudiese espiarles, y sin embargo, el tozudo Zenker, que parecía de hierro por lo resistente, se habían convertido en su sombra.

Tras de Jim, estuvo en el palacio del gobernador, cosa que le afianzó en su creencia de que el viaje a San Antonio y aquellas visitas continuadas a los centros monetarios tenían una ligazón que debía adivinar, y así, llegó tras ellos a la casa de las afueras, donde Stella quedó recluida.

Este último detalle le advirtió que Texas pensaba salir de Austin en breve y que para maniobrar con libertad se deshacía de la muchacha, y una llama de salvaje alegría brilló en sus ojos.

Estaba en la pista de algo importante, y, además, en condiciones de dar el golpe soñado. Se movería con todo el dinamismo posible para organizar una red de espionaje entorno a la temible pareja y seguirles hasta saber su misión, y aprovecharía su ausencia para organizar a la vez el rapto de Stella.

Necesitaba poseer ésta para anular a su enemigo, y si al tiempo conseguía hacerle caer en alguna buena celada, su triunfo y su desquite serían completos.

Y alejándose del hotel cuando les creyó seguros allí, por aquella noche, se dispuso a empezar sus planes de batalla.

CAPÍTULO VI

La persecución

Durante cuarenta y ocho horas nada alteró la calma que rodeaba a los dos aventureros. Los sucesos venideros se estaban incubando en la sombra, y aunque ambos estaban acostumbrados a las sorpresas y a no confiarse mucho, esta vez no adivinaban en buena parte la red que se estaba tejiendo alrededor de ellos.

Jim visitó dos veces en dicho tiempo a Stella, la cual se encontraba muy contenta, y la segunda noche, se despidió definitivamente, ya que al día siguiente, muy de mañana, debían partir para San Antonio.

Habían recibido orden del gobernador de marchar, ya que, según sus noticias, todo estaba preparado para el traslado.

La víspera, Jim discutió con el gobernador el itinerario a seguir. Como convenía no dar publicidad al asunto y dejar ver lo menos posible la diligencia, fue Texas el que se encargó de marcar la ruta.

Entre la gran línea ferroviaria del Sud Pacific, que corría de San Antonio a Austin directamente y el ramal de la A. P. S., que bajaba de norte a sur desde Frederickburg, se abría un enorme vano sin poblados de ninguna especie a causa de los accidentes del terreno, que podían aprovecharlos para el viaje.

Iniciarían un gran eclipse hasta alcanzar el Colorado por la parte alta de la población y entrarían en Austin por el norte, uniéndose a la línea de diligencias que llegaban de Mason y Llano.

El proyecto agradó gobernador, quien prometió enviar gente de confianza a varias millas antes de llegar a Austin, para escoltar el vehículo a su paso por la capital.

Luego le presentó al empleado del Banco que recomendara como una ayuda eficaz para el viaje. Llamábase James Walker y era un individuo alto, grueso, fuerte como un roble, y a Jim le causó un buen efecto.

Los tres se despidieron del gobernador, y a la mañana siguiente, tomaron el tren camino de San Antonio.

Nada sospechoso observaron al subir al vagón, y, sin embargo, media docena de individuos, que procuraron pasar lo más desapercibidos posible, tomaron asiento en diversos vagones, siendo uno de ellos el propio Zenker. Este había dispuesto de dos días para organizar sus planes con toda calma y su dinamismo y acometividad habían dado el fruto deseado.

Texas contaba con su arrojo y astucia, pero Zenker supo tomar medidas para hacer frente a estas eventualidades, casi seguro de que esta vez no sufriría un nuevo fracaso.

Jim se dirigió directamente al hotel, donde dejó a Niño, y luego visitó al directo del Banco, el cual le dijo:

—Ya me han anunciado su llegada. Todo está preparado para esta noche.

—¿A qué hora?

—A las doce llegará la primera diligencia, que cargará en media hora. A la una menos cuarto en punto, se detendrá aquí la segunda. Si quiere, puede venir a las diez y quedarse en mi despacho. Luego nos ayudan ustedes a cargar el oro.

—Perfectamente. A esa hora estaremos aquí.

No queriéndose dar a ver hasta la hora convenida, se encerró en el hotel con sus dos compañeros, a los que dio cuenta de la misión que les habían confiado y de las precauciones tomadas para llegar sin contratiempo alguno. Niño se mostraba desencantado. Había soñado con darle gusto al dedo y presumía que se iba a aburrir soberanamente, paseándose encajonado durante unos días por desfiladeros y montañas, sin más diversión que tirar a los alces.

Poco antes de las diez abandonaron el hotel, portando unos pequeños bultos con algunos efectos y comestibles para el viaje.

En la puerta del Banco les esperaba el secretario del director, quien les acompañó al despacho, donde permanecieron de charla hasta la hora convenida.

Mientras tanto, fuera de allí se desarrollaba ocultamente una actividad febril.

Zenker, que consiguió localizar en Austin a aquella media docena de indeseables de los muchos que le habían servido algunas veces para sus negocios, se preocupaba de no dejarse engañar. Adivinaba que aquella noche se iban a desarrollar acontecimientos importantes y casi estaba seguro de poder señalar el objeto de la visita de Texas.

Situó a sus hombres en lugares sombríos, apartados de la parte posterior del Banco, y advirtió:

—Nadie se moverá sin orden mía. Espero que podamos realizar un buen negocio, pero siempre que os limitéis a seguir mis instrucciones.

Audazmente buscó un lugar lo más próximo a la puerta de salida y esperó armado de paciencia.

Serían aproximadamente las doce, cuando una diligencia avanzó pausadamente por el extremo de la calle y se detuvo ante la puerta trasera del Banco. Los caballos carecían de cam panillas para no llamar la atención y en la vaca se podían distinguir media docena de hombres armados de rifle. Zenker masculló una maldición, gruñendo:

—¡Por el infierno, con esto no había contado yo! Seis hombres, el conductor, Texas, el mexicano y otro más, si no se añade alguien a la comitiva, son demasiados para nosotros seis.

Rabioso, se deslizó por las fachadas, ocultando su paso, y se acercó al que parecía capitanear al resto de los forajidos.

—¿Sabes si hay por aquí alguien de garantía con el que puedas contar?

—Aquí siempre hay hombres dispuestos a ganar un puñado de dólares.

—¿Muy lejos?

—Seguramente no. Apostaría lo que voy a ganar contra un cordel de cáñamo para mi cuello a que encuentro media docena sin

ocupación en «La estepa roja».

—¿Cuánto tiempo crees que tardarías en estar aquí con ellos?

—Pues… si no están borrachos, un cuarto de hora. Está muy cerca.

—¡Corre! Búscales, y si llegas a tiempo con ellos, te prometo añadir cincuenta dólares a lo estipulado.

El rufián, sin esperar más, desapareció velozmente, y Zenker quedó en su lugar, acechando ansiosamente la diligencia.

A pesar de la distancia, observó cómo entre varios cargaban unas pesadas cajas en el interior del vehículo, mientras los vigilantes, con los rifles empuñados, guardaban el carruaje, y Zenker se hallaba poseído del más apasionado nerviosismo, temiendo que la operación concluyese antes del regreso de su auxiliar.

Ahora sabía a ojos cerrados lo que se estaba realizando, y una luz de codicia ardía en sus ojos. Si la suerte le era propicia, con un poco de astucia y mucho valor podría apropiarse de una cantidad fabulosa en oro, pues no le cabía duda de que lo que contenían las cajas era oro, y en gran cantidad.

Estaba dando fin la carga, cuando una sombra se adelantó a él. El rufián, jadeante, murmuró:

—Patrón, en la vuelta de la calleja tengo seis chacales de los más valientes de todo el Oeste. Les he dicho que habrá buena paga, pero debe usted ajustarles.

—¿Traen caballos?

—Sí…

—Diles que esperen allí mis órdenes. Cuidado con que no sospechen de vosotros. La paga será mejor para todos que os lo que os tengo prometido. Díselo.

—Entonces, ni hablar. Si a mí me parece bien, a ellos también les parecerá.

Poco después, Zenker, ansiosamente, observó cómo los vigilantes subían a la vaca del carruaje y uno se sentaba junto al conductor, el cual, empuñando las riendas, hizo arrancar a los caballos.

Zenker se envaró dudando. Había visto la inconfundible silueta de Texas erguido en el vano de la puerta, viendo arrancar el vehículo, y una terrible duda le embargó.

Texas no había acudido allí para limitarse a ver embarcar el oro.

Era hombre para algo más práctico que para aquello y este detalle le sumió en un mar de dudas.

El rufián que se hallaba junto a él, preguntó:

—¿Arrancarnos, patrón?

Este, acometido de una súbita inspiración, dijo:

—No. Deja marchar ese carruaje. Espero otro mejor.

Y con los nervios próximos a saltar de impaciencia, se apretó en la zona de sombras esperando algo que no sabía qué era.

Transcurrió media hora de mortal angustia, hasta que por fin, un nuevo vehículo avanzó, sin luces, por la calle detenerse en el lugar que había ocupado el otro.

Zenker se envaró. Ahora adivinaba la añagaza y la alegría casi le hacía saltar como un muelle.

Poco después, vio aparecer al gigante mexicano, cargado con una enorme caja a la espalda, que depositó en el interior del vehículo. Texas, revólver en mano, vigilaba junto a los caballos, y otro individuo, qué no conoció, al lado contrario.

Seguro de no equivocarse, Zenker ordenó en voz baja:

—Volveros todos a la calleja, montar a caballo y estar preparados para cuando yo me acerque. No tengo caballo, pero montaré en el tuyo.

Por fin terminó la carga. Texas se retiró de su observatorio y subió a la diligencia, posesionándose del interior.

Con él subió James, que se sentó también entre las cajas, y Niño gateó con soltura hasta situarse junto al conductor. En la puerta quedaban el director del Banco y su secretario.

—Que la suerte les acompañe, Texas —dijo el primero.

—Espero que sea la primera vez que me vuelve la espalda —contestó el capitán—. Hasta la vuelta. ¡Vamos!

El conductor fustigó los caballos y éstos, a paso lento, siguieron toda la calle, perdiéndose por una travesía poco concurrida.

Zenker, excitado, corrió al lugar donde se hallaban apostados sus hombres y preguntó:

—¿Cuántos no tienen caballo aquí?

—Cuatro.

—Que monten a la grupa de un compañero. No podemos entretenernos ahora. Quizá en el camino los consigamos. Seguir a esa diligencia, pero con sumo cuidado. Tener en cuenta que si

sospechasen que les seguimos nos coserían a tiros.

Los caballos avanzaron lentamente, y desde lejos seguían al carruaje, avanzando cuando le veían torcer el esquinazo de una calle.

Zenker se envaró al observar la dirección del vehículo.

Este se apartaba de la carretera que conducía a Austin y por un momento quedó confuso.

Por fin salieron al llano. La noche, sin luna, favorecía la persecución, y Zenker preguntó a su compañero:

—¿Conoces bien la región?

—Podría caminar a ciegas por ella.

—¿Crees que por aquí se puede ir a Austin?

—Por todas las partes se va a todos los sitios —replicó humorístico el forajido—. Todo es cuestión de quererlo.

—Entendámonos. ¿Puede irse por caminos fáciles y poco concurridos?

—Poco o nada concurridos, sí; fáciles, hasta cierto punto. El paso hay que hacerlo entre montañas y hay un par de desfiladeros obligados. Conociendo el terreno, se puede llegar con relativa exposición.

—¿Dices que hay dos lugares por los cuales es necesario cruzar forzosamente?

—Sí. Las montañas se estrechan y no abren más pasos. Son los desfiladeros de los robles y el de los alces.

—¿Crees que podríamos adelantarnos a esa diligencia sin ser vistos y cortarles el paso en alguno de los dos desfiladeros?

—Puede ser. Aprovechando la noche podemos buscar un paso que hay a la derecha, factible para caballos, pero no para carruajes. Por él ganaríamos unas cuatro millas que la diligencia tendrá que rodar más para seguir un paso fácil para ella.

—¿Cuándo llegaríamos al primer desfiladero?

—Mañana, por la tarde.

—¿Y ellos?

—Si ruedan bien y con prisa, al anochecer, sino, en plena noche, a menos que se detengan antes para cruzarlo de día.

—Bien, guíanos por ese paso que conoces. Tenemos que llegar antes que ellos.

—Llegaremos, aunque si la luna tarda en salir, tendremos que

caminar despacio y con cuidado. El terreno es malo y tendremos que bordear algunas simas peligrosas.

—Creo que habrá luna, aunque un poco más tarde.

—Pues, ¡adelante, muchachos!, girar a la derecha y dejar a ese carromato que ruede a su gusto. Ya le alcanzaremos en un lugar delicioso.

La cuadrilla se reunió y los caballos, en tropel, viraron hacia la derecha, emprendiendo un camino paralelo al de la diligencia, pero formando un enorme círculo.

Pronto empezaron a internarse por las asperezas de las cortadas que se abrían caprichosas, formando verdaderos laberintos de sendas naturales, que se cruzaban entre sí.

El forajido que conducía la cuadrilla se detuvo, diciendo:

—Sin luna es expuesto avanzar. Corremos el peligro de caer a un barranco.

Zenker frenó sus nervios, comprendiendo la razón aducida por el bandido y prefirió esperar. Amaba la vida y sólo se la jugaba en momentos decisivos, pero no estúpidamente, sin una necesidad.

Durante más de una hora permanecieron retenidos en una trocha sombría. Cerca se captaba el rumor sordo de un torrente, y el bandido afirmó:

—Tenemos que bordearle y el paso es peligroso. Por eso es preferible esperar.

Serían las tres de la mañana, cuando, muy baja, tras unos picachos, la luna asomaba su faz blanca y mayestática, alumbrando en azul el paisaje. Ahora se bocetaban los contornos de los taludes y montículos con más precisión y las sendas mostraban su piso cubierto de helechos.

El bandido se puso al frente de la cuadrilla, diciendo:

—Adelante. Seguirme y pisar por donde yo pise.

Audazmente se adelantó a sus compañeros, eligiendo el terreno. Se adivinaba por la seguridad con que lo hacía, que no una, sino muchas veces, había cruzado por allí.

—Veo que lo conoces bien —comentó Zenker.

—¡Dígame!… Un hombre como yo, que no conoce lugares como este, está condenado al fracaso. En los momentos malos, cuando el gobierno o los *sheriffs* se movilizan contra nuestras actividades, estos sitios son ideales para la huida y para despistar a todo

perseguidor. Para rastrear pistoleros hace falta… ¡haber sido pistolero antes!

Y rio la gracia sonoramente.

Gradualmente iban ascendiendo. Se notaba, sobre todo, en el aire fresco y cortante, cargado de aromas silvestres que soplaba de cara.

Bordearon peligrosamente algunas cornisas que se deslizaban pegadas a los farallones, al borde de simas mareantes que impresionaron a Zenker, y, una vez salvadas, se veían obligados a caminar por pasos estrechísimos, cubiertos de arbustos salvajes, que les punzaban al pasar arañando a los caballos y clavándoles agudos espinos en las piernas.

Así, cuando amanecía, se hallaron a una gran altura, con un paisaje quebradísimo y mareante bajo sus pies.

El bandido señaló una especie de sendero pelado, que trepaba en zigzag por en medio de una montaña, y dijo:

—Cuando alcancemos la cima de esa montaña, descendiendo por el lado izquierdo llegaremos al desfiladero.

—Bien, démonos prisa —advirtió Zenker—; no quiero que nos pasen por nada del mundo.

—No podrán —objetó el forajido—. La vuelta que tienen que dar con la diligencia para llegar allí es muy grande.

A costa de un gran esfuerzo de los caballos, duchos en recorrer terrenos tan accidentados como aquellos, fueron reptando por la pina y sinuosa senda. Esta parecía un calvero abierto en el seno hosco de la montaña, y desde lejos daba la sensación de haber sido abierta por la mano del hombre para huir, Dios sabía de qué clase de peligros.

Mediado el día, se hallaban a un par de centenares de la cima, ahora más áspera que al principio y hacia las tres la habían coronado.

Un paisaje salvaje y grandioso se abría a sus ojos extendido bajo sus pies. Las montañas se apretaban unas contra otras, cerrando todo paso a la audacia de los hombres, y, solamente debajo de ellos, una ancha hendidura que serpenteaba entre la roca viva permitía el libre paso.

—Ahí está el desfiladero —dijo el forajido—. Si descendemos y nos situamos al amparo de aquel picacho, podemos dominarlo muy

bien.

—Pues adelante. Tomemos posiciones. La diligencia no debe pasar de ahí y todo el que viaja en ella tiene que desaparecer para siempre en las simas, sólo así os habréis ganado la recompensa prometida y algo más.

Y dando el ejemplo, inició el descenso.

CAPÍTULO VII

Sitiados

La diligencia conduciendo las cajas que encerraban el oro, se alejó de San Antonio hacia el Norte, separándose de la senda general que conducía a la capital. El conductor, un individuo de unos cincuenta años, un gigante de manos enormes y espaldas anchísimas, que casi llenaba él solo todo el asiento de la conducción, conocía palmo a palmo el terreno por donde se iba a internar y a pesar de la obscuridad que reinaba, condujo el ganado rectamente hacia el lugar por donde debía seguir según el itinerario marcado.

Niño, a su lado, se hallaba molesto. Tan enorme como el conductor, le resultaba estrecho el asiento, y se veía obligado a sacar parte del cuerpo fuera, para dejar a su compañero libertad de movimientos.

Texas, en el interior, atalayaba las tinieblas con recelo. Todo se había efectuado normalmente con arreglo a los planes trazados, pero su instinto avisado se mostraba receloso de que todo hubiese resultado tan bien.

Habían avanzado un buen número de metros, cuando Jim, que poseía un oído sutilísimo, se asomó a la portezuela y ordenó:

—¡Para!

Niño se revolvió, preguntando:

—¿Qué sucede, manito?

—No sé. Me ha parecido sentir cascos de caballos a nuestra zaga.

—¡Repinto, No me digas!

—Bájate y escucha. Quizá esté yo equivocado.

El mejicano se apeó del asiento y tumbado en tierra, aplicó el oído a ésta. Poco después se erguía, diciendo:

—Tienes razón, manito, yo también los oigo.

—Bien. No sigáis. Esperemos a ver de qué se trata.

Durante un cuarto de hora permanecieron tensos con los rifles preparados sin captar la aproximación de los caballos y Niño, impaciente, se tumbó por dos veces sobre la tierra, escuchando de nuevo.

—Se van, manito —aseguró—. Los capto alejándose de aquí.

—Quizá hayamos coincidido con algunos jinetes que van a la senda. Adelante, pues.

Volvieron a ascender al vehículo y éste continuó rodando, ahora por las primeras asperezas de la montaña. Texas, aunque callado, no se sentía tranquilo y dejaba trabajar su cerebro con intensidad.

De súbito se envaró y asomando, gritó:

—¡Eh, conductor, escucha!

El gigante se inclinó preguntando:

—¿Qué diablos sucede otra vez?

—¿Estás seguro de conocer bien esta parte de la región?

—¡Qué preguntas! He conducido armas para la guerra por los sitios más difíciles e ignorados.

—¿Hay algún otro camino que coincida con el nuestro?

—Para carruajes, ninguno. Sólo por donde marchamos se pueden cruzar las montañas.

—Bien, pero… ¿y para jinetes?

—Para jinetes hay algunos, no muchos, y ásperos. El que se aventure por ellos, tiene que conocerlos muy bien.

—Pero, conociéndolos, ¿se puede coincidir?

—Sí. Hay dos desfiladeros en el camino a los que se llega por senderos de cabras.

—Bien. ¿Cuándo llegaremos al primero?

—Al anochecer de mañana.

—¿Antes no pueden cruzarse con nosotros?

—No.

—Adelante, entonces. Hasta mañana no tenemos por qué preocuparnos.

Surgió la luna y el trote de los caballos fue más vivo, aunque poco más tarde lo pino de la pendiente les obligó a caminar con cierta lentitud. Marchaban encajonados entre taludes que parecían pretender cerrar la senda y a cada metro ganado, el camino se empinaba con más violencia.

Toda la noche rodaron sin descanso y cuando surgió el sol por entre los rojizos farallones, tiñéndoles de oro y púrpura, habían avanzado bastante en la jornada. Se detuvieron para desayunar y Niño, que encontraba a Texas muy preocupado, preguntó:



Niño a su lado...

—¿Que te sucede, manito? Parece que tienes miedo o así.

—Quizá, Niño. No viajo con tranquilidad. Los caballos de anoche me preocupan.

—¿Qué pueden preocuparnos cuatro pencos trotando por la montaña, digo yo?

—Quizá mucho. Los desfiladeros son peligrosos de cruzar

cuando alguien se sitúa en las alturas y los domina.

—¡Ah, bien! Pero ¿somos cojos, acaso, digo yo? Donde otro suba puedo subir yo.

—Si no te detienen a tiros.

—Tendría que verlo, ¡repinto! Creo yo que te preocupas tontamente.

—Bien. Más vale prever que no lamentar.

Terminado el desayuno, emprendieron de nuevo el viaje, siempre ascendiendo por lugares quebrados y violentos. Los caballos, duros y resistentes, se portaban a maravilla. Pero cuando llegase el mediodía, había que procurarles un merecido descanso.

A las dos, habían ganado mucho terreno hacia el primer desfiladero y tras almorzar con feroz apetito, decidieron descansar un par de horas.

Eran más de las cuatro cuando reemprendieron la marcha y el conductor calculó que las sombras estarían a punto de cernirse sobre la montaña cuando alcanzasen el desfiladero.

—Mejor —dijo Texas—. Prefiero pasarlo de noche.

—Es peligroso. Podíamos despeñarnos por ciertas cortadas que le bordean. Más allá el camino se muestra más seguro.

El conductor no se equivocó. Sobre las siete, al torcer una curva, distinguieron debajo de ellos la cinta reptante que oprimida por las montañas, cerraba todo paso para salvarlas.

Texas ordenó detenerse y desde lo alto de la diligencia registró todo el paisaje. Un mediano talud que se erguía al borde de la senda dominando ésta, llamó su atención.

—He ahí un sitio ideal para una emboscada —aseguró—. Me gustaría poder hacerle una visita antes de cruzar.

—¡Y por qué no, maldita sea Sonora! —gruñó Niño—. Yo me comprometo a visitar a los sapos de ahí arriba, si así lo deseas.

—Déjalo. Acaso perderíamos el tiempo. ¡Adelante, pero sin perder de vista las alturas! Me da el corazón que el viaje no se va a presentar tan fácil como presumíamos.

El carruaje continuó rodando. Ahora se deslizaba por una pendiente contraria, para alcanzar propiamente el desfiladero, que después reptaba agudo hacia arriba.

El sol se había ocultado hacía un rato por lo alto de los picachos lejanos, entre una aureola sangrienta y poco a poco, ésta se

desvanecía para dejar caer un manto de sombras grises y azuladas que desdibujaban el paisaje.

Por fin penetraron en la zona más peligrosa del desfiladero. El talud quedaba a su derecha corriéndose un buen número de metros paralelo al camino y apenas enfilaron la recta, un estruendo que les alarmó vibró sordamente por la pared de la montaña.

Texas, que se había subido a la baca y permanecía tumbado sobre ella con los ojos clavados en las alturas, lanzó un terrible juramento y gritó:

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Atrás!… Nos arrojan peñascos desde arriba… ¡Van a aplastar a los caballos!

Disparó rabiosamente sin distinguir a nadie, mientras enormes trozos de peñas que sin duda eran empujados desde las alturas, rodaban con sordo fragor rebotando por la roca siniestramente hasta alcanzar el sendero.

El conductor, sin perder la serenidad, frenó los caballos y tiró hacia atrás de las bridas, tratando de obligar a las pobres caballerías a recular para ponerlas a salvo, pero los terribles peñascales caían cada vez más nutridos y algunos al rodar por la senda alcanzaron las patas de los caballos obligándoles a relinchar dolorosamente y retroceder asustados.

Niño y su compañero desde el interior del carruaje, disparaban cómo demonios hacia las alturas, tratando de localizar a los forajidos sin conseguirlo, mientras que los bloques trágicos seguían cayendo.

El carruaje retrocedió algunos metros intentando salvar hacia atrás el peligro, pero no fue posible. Una enorme piedra cayó con tal acierto, que al rebotar pegó contra una rueda pulverizándola y el vehículo se inclinó de lado arrojando a Texas y al conductor a tierra, con peligro de ser aplastados por los peñascos.

Jim elástico, saltó cubriéndose con la diligencia y el conductor le imitó, cuando otro pedrusco tronchaba las patas de uno de los caballos.

Niño y su compañero, habían caído de bruces sobre los cristales del lado derecho, sufriendo los efectos del encontronazo y por un verdadero milagro, las cajas al perder el equilibrio no les aplastaron.

Rabiosos abrieron la portezuela contraria y saltaron a tierra

uniéndose a Texas y al conductor. El mejicano juraba terriblemente y ya no era Sonora, sino todos los Estados mejicanos los que acudían a sus labios para maldecirles rabiosamente.

—¡Así estalle Guadalajara! —gritaba—. ¡Maldita sea Sonora! ¿Quiénes serán esos pringaos cobardes que no tienen valor para dar la cara? ¡Así se hunda Jalisco y Tamaulipas encima de sus podridos caserones! ¡Malditos gringos repringaos, que voy a haser un emplasto o así con sus cochinos sesos para envenenar a los coyotes!

Los bloques continuaron cayendo durante algún rato. Rodaban al azar, tan pronto de un lugar como de otro, pero algunos habían caído con acierto y dos caballos yacían aplastados y otro con las patas rotas.

El cuarto, protegido por sus dos compañeros caídos, se debatía en tierra aterrado, pateando para tratar de librarse de los correajes y huir, pero le era materialmente imposible y sus relinchos producían una, horrible tensión nerviosa a los cuatro sitiados.

Finalmente dejaron de rodar peñascales, pero una lluvia de balas cayó sobre la diligencia. La suerte para Texas y sus hombres era que se habían parapetado en el lado contrario y la caja medio tumbada de la diligencia les protegía.

Jim, dándose cuenta de que gastaba proyectiles en vano, ordenó:

—No disparar más, por ahora. Es inútil. Esos cochinos no se exponen a recibir un tiro.

—¡Ya lo veo, maldita sea Sonora! —Rugía Niño—. ¡Como alguno se atreviese a, asomar el hocico, te juro que se lo iba a dejar precioso para un rato, creo yo!

Los forajidos, dándose cuenta también de que nada conseguían con disparar desde lo alto, sin luz para precisar los disparos, cejaron en éstos y únicamente de vez en cuando ladraba un revólver con un aviso siniestro. Cuando reinó una calma aparente; Texas exclamó:

—Vigilen bien el sendero. Podían hacer su aparición de improviso.

—¿Qué intenta usted? —preguntó inquieto el conductor, al observar que abandonaba la protección del vehículo e iba a dar la vuelta.

—Lo único que cabe hacer ya. Nos han privado de todo medio para continuar e intentarán sitiarnos o atacar para apoderarse de las cajas. No podemos huir dejándolas abandonadas mi idea es

aprovechar la obscuridad y ver si consigo salvar el único caballo que al parecer está ileso.

—¿Para qué, manito?

—Para que uno intente retroceder y volver a San Antonio en busca de refuerzos. Tenemos que traerlos para batir a esos rufianes y poder seguir. Los demás quedaremos aquí defendiendo las cajas hasta morir junto a ellas si es preciso.

—Yo iré, ¡maldita sea Sonora! —rugió Niño.

—No —advirtió Texas—. Tú desconoces el camino. Ha de ir quien se comprometa a galopar reciamente en la obscuridad. Creo que el más indicado es James.

—Se lo iba a suplicar, capitán —dijo el empleado—. Yo puedo regresar a San Antonio y volver con refuerzos.

—Bien. Voy a intentar sacar el caballo. Si lo consigo, trotará usted con él hasta reventarlo y cuando llegue allí se dirige al cuartelillo de los batidores y pregunta por el capitán Thompson y le dirá que va de mi parte. Le cuenta lo sucedido y le pide que mande doce hombres todo lo rápidamente que pueda. Adviértale que de su diligencia en actuar dependerá que el Gobierno no pierda una inmensa fortuna.

—Descuide, que aunque caiga destrozado en el viaje no me detendré un minuto hasta regresar con ellos.

—Pues no se muevan. Voy a intentar rescatar el caballo. Se escurrió arrastrándose y se acercó a la masa de carne que tirada en tierra y aprisionada por los arneses, tenía la diligencia inclinada hacia delante. Palpó los caballos hasta tropezar con el que según su creencia no había sufrido lesión alguna y acariciándole, le tranquilizó.

El que tenía las patas rotas se agitaba peligrosamente sacudiendo las traseras. Texas comprendió que constituía un peligro y con su agudo cuchillo le despenó evitándole prolongar sus sufrimientos.

Luego cortó la red de correas que ataban al caballo y siempre acariciándole para vencer su sobresalto, consiguió sacarle de allí escondiéndole detrás del vehículo.

La maniobra pudo ser ejecutada felizmente. Algunos disparos sueltos habían vibrado siniestramente junto a Texas, pero disparados al azar, no llevaban una dirección acertada.

Cuando contó con el caballo y se convenció de que en efecto se hallaba ileso, cortó unos trozos de manta y se los ató a los cascos para apagar el ruido de sus pisadas y ya realizado esto, sacó de la diligencia una cantimplora llena de agua que entregó a James, diciendo:

—Llévese agua por si siente sed en el camino. Ahora no se muevan.

—¿Qué va a hacer usted?

—Alejar el caballo de aquí sin que lo descubran. Si lo perdemos, habremos perdido las posibilidades de remontar esta situación crítica. Déjenme hacer.

Con sumo cuidado, pegado al talud para protegerse en su zona sombría y avanzando con extremadas precauciones, se fue alejando lentamente de la diligencia para alcanzar la parte baja lejos del maldito talud donde se parapetaban sus enemigos. Sólo allí podía considerarle a salvo para la huida hacia San Antonio.

El caballo, con la cabeza tapada y el morro muy apretado para que no relinchase y denunciase su presencia, avanzó como una sombra y tras infinitas precauciones, Jim consiguió llevarle al lugar deseado.

Lo ató a un recio arbusto y arrastrándose regresó junto a sus compañeros.

—Ya lo tiene usted allá abajo, James —afirmó—. Aléjese aún más sin quitarle las mantas de los cascos para que no se den cuenta y trote como un rayo. No olvide que de su velocidad acaso dependa no sólo salvar el oro, sino nuestras vidas.

—Descuide. Seré prudente y veloz. Con hombres como ustedes tiene uno que sentirse héroe aunque no quiera.

Se alejó, desapareciendo entre las sombras. Tanto Jim como sus dos compañeros permanecieron un buen rato con la respiración suspendida pendiente del tiempo que transcurría y solamente cuando pasó un gran rato sin producirse nada extraordinario, respiraron con desahogo.

—Bueno —dijo Texas alegremente—. Ahora mucho ojo para evitar una sorpresa y cuando amanezca, ya hablaremos con esos indeseables.

Las horas que transcurrieron hasta el amanecer les parecieron siglos. Les dolían los ojos de escudriñar el desfiladero temiendo una

sorpresa, pero ésta no se producía, sin duda porque los forajidos, faltos de luz para maniobrar, no se atrevían a avanzar exponiéndose a ser recibidos a tiros.

Ignoraban si habían causado alguna baja entre los ocupantes del carruaje y en previsión, Zenker que conocía muy bien la clase de enemigos con quien tenía que habérselas, no había permitido a sus hombres que intentasen un asalto a ciegas.

No se molestó en poner vigilantes en las salidas del desfiladero, porque estaba seguro de que no intentarían la huida. La vigilancia del oro les esclavizaba a las cajas y sabía que morirían al lado de ellas, antes de dejarlas abandonadas en sus manos.

Cuando amaneciese, sería el momento de iniciar el ataque. Contando como contaba con una docena de hombres duros y decididos, estaba seguro de anular definitivamente a Texas, aunque le costase perder parte de sus rufianes.

Pero para Zenker, las vidas de aquellos hombres feroces sin ley, no tenía importancia alguna, como no la tenía otra vida cualquiera si se oponía a sus apetitos y egoísmos. Su vida se había forjado sobre un pedestal de víctimas de todas clases y cuantas más cayesen, más alto se encumbraría.

CAPÍTULO VIII

Zenker sufre un nuevo fracaso

Cuando por fin la incipiente luz del sol alumbró las cresterías de los montes, Texas y sus dos compañeros clavaron sus miradas en lo alto del talud, sin descubrir a nadie.

Zenker, que no tenía prisa, había dado orden de que nadie se moviese mientras él no dispusiera lo contrario. Necesitaba hacerse cargo de la situación para estudiar el plan de ataque que más conviniese.

Durante la noche se habían procurado unos parapetos con grandes peñascales que las ocultaban a los ojos de los sitiados, mientras ellos podían ahora abarcar lo que sucedía en el desfiladero y así, descubrió la masa de caballos muertos y el vehículo tumbado de costado. Lo que no acertó a captar de momento, fue que faltaba un caballo. Era tal la confusión que ofrecían los otros tres, que creyó que todos habían sucumbido.

Pero tampoco podía abarcar a sus enemigos. Texas, astutamente, había obligado a sus compañeros a esconderse debajo del juego inclinado de las ruedas y desde el otro lado, era imposible cubrirles con los revólveres.

—¡Malditas alimañas! —Rezongó Zenker—. Habrá que bajar a

pelearse con ellos cuerpo a cuerpo.

El bandido que mandaba la partida, exclamó despectivo:

—¿Qué son cuatro tipos para una docena? Cuando lo disponga bajamos en su busca.

—No tan deprisa, Bill —exclamó Zenker—. Yo sé qué clase de enemigos son y tú no.

—Me es igual. Me he peleado con lo más bronco del Oeste y aún estoy vivo.

—Quizá no lo estés esta noche si cometes imprudencias. Tienes en f rente al mejor tirador de toda Tejas.

—Bueno, ya veremos quién tira más aprisa.

Para obligar a hacer algo a Texas, abrieron fuego contra la diligencia. Ahora sus tiros eran más precisos y los proyectiles se clavaban en la caja del coche, pero no lograban alcanzar a los refugiados tras ella. Texas, atentamente, contaba los disparos. Su oído fino y acostumbrado al tiroteo, parecía reconocer el estampido de cada arma, igual en sonoridad a otra y así, al cabo de un rato, exclamó:

—Apostaría a que son una docena. Quizá haya alguno más, pero no bajan de ese número.

—Eso no es nada, manito, para nosotros —aseguró Niño—. Lo malo es que esos pringaos no dan la cara ¡maldita sea Sonora! Si se decidiesen a bajar ya verían.

—Esperemos. Por nuestra parte no hay prisa. Si creen que nos van a sitiar por hambre, se equivocan. Algo tendrán que hacer, pero cuantas más horas pierdan más en peligro están de sufrir un grave fracaso. Déjales que se recreen allá arriba, a ver si mientras nos llegan los refuerzos pedidos.

Niño, que rabiaba por hallarse cobijado como una rata en aquel lugar, exclamó:

—¿Quiénes diablos serán y cómo se habrán enterado de que llevamos el oro? La cosa había estado muy bien preparada, creo yo.

—Y sin embargo…, yo también daría algo por saberlo.

—Ya caerá alguno y cuando caiga…

—¿Tú crees?

—Te apuesto cinco dólares contra las orejas de un pringao de esos a que cazo a alguno.

—Demuéstramelo.

Niño se quitó el sombrero, metió en la badana colgando un trozo obscuro de la manta que Texas había cortado para atar las patas de los caballos y colgando el sombrero de la punta de su largo puñal mejicano, dijo:

—Ten ahí, manito. Cuando yo te diga, asoma un poco el sombrero por algún sitio desde donde lo puedan ver y bájalo enseguida que no les des tiempo a fijar la puntería sobre él; luego vuelve a asomarlo por otro lado, pero ten cuidado no te claven la mano.

Arrastró su gruesa humanidad por debajo del tumbado vehículo y se situó de manera que en un momento determinado, pudiese asomar la cabeza por uno de sus costados. Lo que iba a realizar era muy expuesto, pero estaba seguro de que el sombrero llamaría la atención de los bandidos.

Preparó el revólver y murmuró:

—Vamos, manito, empiesa ya la función.

Texas obedeció. Asomó fugazmente el sombrero por la parte alta y lo escondió rápidamente, dejando transcurrir algunos minutos. Luego, repitió la operación más despacio.

Súbitamente media docena de detonaciones vibraron casi al unísono y algunos proyectiles atravesaron el sombrero, pero el revólver de Niño ladró también y un agudo grito de dolor rasgó el eco de los disparos.

Una silueta humana acuciada por el dolor, se irguió de manera imprudente por detrás de un peñasco, elevando las manos hacia la cabeza. Niño bravío y temerario, volvió a disparar con rapidez increíble y el individuo, alanzado de nuevo, se inclinó hacia atrás perdiendo el equilibrio y cayendo desde el talud al desfiladero, quedando aplastado a menos de tres metros del vehículo. Un coro de rugidos de ira seguido de proyectiles que se clavaron en el lugar donde segundos antes se hallaba el mejicano, contestaron al audaz reto, pero ya Niño se había replegado riendo al tiempo que decía:

—Bueno, manito, para mí las orejas de ese tipo. Creo yo que he ganado la apuesta.

—¡Bravo, Niño! —Exclamó Texas con entusiasmo—. Estoy por perdonarte lo de la borrachera a cambio de la hazaña.

—Bueno, manito, no hables más de aquello. Tú sabes que yo no estaba borracho. Si apenas lo caté…

—Claro, claro. Cuarenta y cinco dólares de *whisky*…

—Aquel pringao de tabernero era un ladrón. Nos estafó más de la mitad.

Los disparos habían cesado. Los forajidos estaban convencidos de que era difícil cazarles en sus posiciones y así economizaban tiros, quizá estudiando la posibilidad de atacarles de manera más positiva.

—Repite lo del sombrero, a ver qué hacen —dijo Niño.

Por dos veces asomó la cobertura, pero nadie se dignó tomarla como blanco. Habían comprendido que se trataba de una añagaza y esperaban a que de verdad asomase alguna cabeza por algún sitio.

La posición regularmente ventajosa para los sitiados, contuvo a Zenker para intentar un ataque cara a cara. Contra la opinión de Bill, que ciegamente pretendía bajar al desfiladero, optó por esperar. Conocida la situación de la diligencia y de sus defensores, esperaba que llegase la noche para intentar el asalto.

Siempre las sombras favorecerían el intentó y Zenker conocía sobradamente el valor y la puntería de Texas y el mejicano, para no exponer a sus hombres a un fracaso. El incidente del bandido que acababa de ser muerto de manera tan espectacular, calmó un poco el ímpetu de Bill, quien reconoció que sus enemigos no eran un grano de trigo.

El día transcurrió monótonamente. De vez en vez vibraba algún disparo cuando los forajidos creían que los sitiados ejecutaban algún movimiento favorable para disparar sobre ellos, pero Texas cuidaba mucho de que nadie se expusiese a recibir dos onzas de plomo.

Cuando la tarde empezaba a caer, Jim advirtió:

—Me estoy figurando el plan de estos cerdos.

—¿Qué es lo que sospechas, manito? —preguntó Mendoza.

—Que esperan a que sea completamente de noche para abandonar sus posiciones y atacarnos por los dos flancos.

—Bueno, que lo intenten, aquí estaremos nosotros, creo yo.

—No, no estaremos —aseguró Texas.

—¿Qué dices, repinto? ¿Acaso vamos a huir como coyotes?

—No digas simplezas, Niño —apuntó Texas—. No estaremos aquí, porqué nos habremos situado en otro lugar desde el que los sorprendidos serán ellos.

—¡Oh! Eso va bueno, manito… ¡Cómo cuando peleábamos con los sudistas! Me acuerdo una vez que…

—Déjate de recuerdos y escucha. Antes que se vaya la luz fíjate bien en el sendero.

—Ya lo veo, ¡repinto! No estoy ciego, creo yo.

—Pues bien, cuando sea completamente de noche y antes de que ellos intenten descender, nos vamos a deslizar a lo largo del talud, bien pegados a él para no ser vistos… Como nos creen pegados al oro, no sospecharán que nos apartemos de él y así podemos alejarnos del frente de su posición. ¿Ves aquel enorme matojo que hay a la izquierda y que debe caer a unas veinte yardas del lugar de bajada del talud?

—Claro que le veo.

—Pues bien, yo saldré el primero y me esconderé en él; diez minutos después que yo salga, lo haces tú y otros diez más tarde el conductor, para reunirnos allí. El único peligro, estriba en que al cruzar de lado a lado puedan descubrirnos. Si así es, mi plan no servirá para nada.

—¿Y si no nos descubren?

—Entonces les dejaremos bajar y repartirse alrededor de la diligencia para atacarla. Cuando empiecen a disparar desde abajo, nos deslizaremos raudamente y ocuparemos su sitio en estas alturas, dejándoles que disparen a su gusto. Cuando se decidan al asalto y descubran que no estamos allí, se desorientarán y tratarán de buscarnos hacia arriba y hacia abajo y una vez convencidos de que no estamos por los alrededores… no sé lo qué harán.

—Pero lo que vamos a hacer nosotros sí lo sabrás, creo yo.

—Claro que sí. Si intentan volver aquí arriba, detenerles a tiros y si se quedan ahí abajo dispuestos a cargar con las cajas o a abrirlas, tenerles bajo nuestras armas clavados detrás de la diligencia sin que se puedan mover hasta que nos lleguen los refuerzos.

—No está mal, manito, pero yo preferiría que intentasen subir.

—Y yo también. Alguno se quedaría en el camino.

Puestos de acuerdo, esperaron que se hiciera completamente de noche. Si la luna tardaba en salir, su plan no parecía muy difícil ni peligroso. Por fortuna la noche cerró en negro y Jim se dispuso a aprovechar el momento.

—Mucho cuidado —dijo—. Si me descubren y disparan, contestar a lo alto no dejando que nadie se asome. De esa forma no podrán fijar el blanco sobre mí.

Se echó al bolsillo algunos comestibles, tomó una cantimplora con agua y arrastrándose como un reptil se hundió en las sombras.

Pasaron diez minutos de mucha angustia sin que nada turbase el silencio augusto que reinan, en el desfiladero y Niño se dispuso a imitar a su jefe.

—Hasta ahora, pelao —dijo al conductor—. Espero que llegues con toda felicidad a nuestro lado.

El traslado se efectuó sin contratiempos y media hora más tarde, los tres se hallaban ocultos entre los helechos.

Llevaban casi una hora ocultos, cuando Texas se envaró y apretando el brazo de sus compañeros, les obligó a quedar inmóviles.

Había captado ciertos roces suaves no muy distantes de él y sospechó que eran los bandidos que se deslizaban del talud para bajar al sendero.

Eran hábiles, pues apenas si producían el rumor de un sapo arrastrándose por la arena, pero Jim poseía un oído muy fino y se dio cuenta de la maniobra.

Luego cesó el rumor. Los bandidos se alejaban hacia el vehículo, sin duda para asaltarlo por sorpresa.

Texas, más seguro, susurró:

—Si disparan, dejarles. Sólo cuando alguno alcance la diligencia y compruebe que no estamos detrás de ella, cruzar veloces el vano, de aquí a los peñascos y trepar hacia arriba. Lo demás se hará solo.

Transcurrió un buen rato; nada turbaba el silencio y Texas se preguntaba qué estarían haciendo que tardaban tanto en dar señales de vida.

Pero súbitamente una voz irritada gritó algo y una docena de maldiciones brotaron al unísono.

—¡No están aquí, maldita sea su alma! —había gritado Bill. ¡Se han fugado!

Texas captó otra voz ronca cuyo timbre le pareció conocido y rio por lo bajo.

—¿Qué dices, Bill? —clamó la voz—. ¡No es posible!

—Venga y véalo… ¡Y para esto he pasado el rato más trágico de

mi vida escalando la diligencia por, este lado!

Un vocerío espantoso siguió al silencio expectante que hasta entonces había reinado en el desfiladero y Zenker, pues era él quien hablaba, gruñó:

—¡Buscadles, por el infierno! No pueden haber ido lejos. No tienen caballos. Tienen que estar escondidos por algún lugar.

—¡Que se los lleve el diablo, patrón! Lo principal es que se han dejado esto abandonado.

—He dicho que los busquéis. Me interesan más ellos que lo que contienen las cajas. Esas están seguras y nosotros no, mientras no los eliminemos.

—Bien, ¿y quién los busca con esta obscuridad?

—La luna está para salir —afirmó Zenker—¿No lo observas? Hay que registrar el desfiladero hasta encontrarlos. Hubo gruñidos, rezongos de disconformidad, pero todos se dispusieron a cumplir la orden.

La luna empezó a mostrar su blanca faz por detrás de un agudo picacho y una claridad azulada bañó el desfiladero.

Texas y sus compañeros, escondidos en lo alto del talud con las armas empuñadas, descubrieron a los forajidos moviéndose de un lado para otro con gesto precavido y entre ellos, descubrió a Zenker a quien no pudo reconocer con su extraño disfraz y sus postizas barbas.

—¿Quién diablos será ese tipo que les manda? —preguntó Texas intrigado—. Me alegraría saberlo…

—Espera que le pegue un tiro, manito, acaso así…

—Quieto —ordenó Texas—. Sobra tiempo. Ahora hay poca luz y podía ser contraproducente. Déjales que busquen y sólo si descubren nuestra estratagema les recibiremos a tiros para no dejarles subir.

Los rufianes se repartieron a derecha e izquierda buscando a los fugitivos sin localizarlos y Zenker, muy inquieto, se preguntaba cuál sería el plan de Texas, pues le conocía sobradamente para adivinar que no era capaz de abandonar las cajas de oro que le habían sido confiadas.

Una fiebre loca le invadía. Necesitaba descubrir su escondite rápidamente, pues de lo contrario, era capaces de retroceder a San Antonio en busca de refuerzos que les persiguiesen por las

montañas.

Pero la búsqueda resultó infructuosa y Zenker bramaba como un toro herido al saberse burlado.

Las horas fueron transcurriendo en una tensión nerviosa para los forajidos. Zenker anhelaba que rompiese el día para intentar un registro más a fondo y Bill preocupado más que con los fugitivos con el contenido de las cajas, cambiaba impresiones en voz baja con algunos de sus compañeros, decidido a maniobrar por su cuenta. Había adivinado que aquello era oro y como buen forajido, estaba maquinando un plan en el que se desharía de Zenker para apropiarse el codiciado tesoro.

Por fin amaneció y Zenker, que era hombre astuto y también conocía a los hombres de su especie, gritó:

—Mucho cuidado con lo que hacéis. Si creéis que sin mi ayuda vais a poder apoderaros de esto, estáis muy equivocados. Los hombres que han huido son los enemigos más formidables que podéis encontrar en todo el Oeste y os cazarían lo mismo que a conejos. No seáis idiotas y no juguéis con vuestro pellejo.

Zenker hablaba escudado en la diligencia con el revólver empuñado. Sabía con qué clase de gente tenía que habérselas y tomaba sus precauciones.

Bill refunfuñó algo ininteligible al saberse adivinado en sus intenciones y cambió una rápida mirada con algunos de sus hombres. Había que esperar un poco, pero Zenker sabía que no sería mucho.

Se habían diseminado por la áspera senda, dispuestos a buscar a los fugitivos, cuando uno de los bandidos que se había corrido al borde del talud, exclamó:

—¡Eh, aquí veo unas huellas demasiado grandes para nuestros pies! Parece como si hubiese pisado un gigante.

La respuesta no llegó a su oído, vibraron casi al unísono tres detonaciones y tres forajidos, uno de ellos Bill, cayeron con la cabeza atravesada de tres mortales balazos.

El pánico reinó entre los rufianes. Algunos se revolvieron disparando a lo alto, rabiosos al saberse engañados pero nuevamente tronaron las armas de los evadidos y otros dos forajidos mordieron el polvo del sendero.

La cuadrilla se había diezmado quedando en la mitad y Zenker,

furioso, gritaba escondido detrás de la diligencia:

—¡Imbéciles! ¡Escondeos aquí si no queréis que os deshagan a todos!

Los que quedaban, retrocedieron buscando el amparo de la diligencia, pero aún cayó otro y uno recibió un tiro en un hombro.

Niño se mostraba entusiasmado del éxito del plan de Texas. Habían eliminado el mayor peligro y lo que restaba carecía de importancia para ellos.

—Vamos a arrojarlos de allí como a ratas —rugió—. Total con cuatro tiritos, creo yo, despachados.

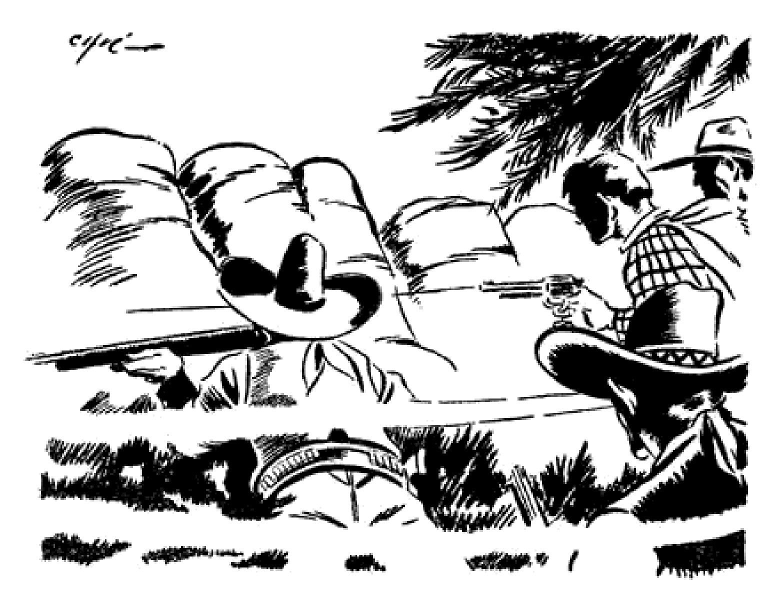
—Bien —advirtió Texas—, pero no podemos atacar de frente el carruaje, pues la ventaja estaría de su parte. Ataremos al escobo y buscaremos la forma de atacarles de costado. ¡Mucho cuidado al saltar!

Descendieron casi a rastras por la pina cuesta del talud y cuando ya no podían ocultarse más, saltaron como monos a la senda, corriendo desesperadamente al macizo de helechos donde habían estado escondidos anteriormente y cuando sus enemigos quisieron darse cuenta de la maniobra, ya se hallaban pegados a la tierra y protegidos por la masa de verdura.

Varios proyectiles les buscaron a ciegas, pero ellos arrastrándose, se corrieron hacia abajo. Cuanto más de través se colocaron, mejor podían batir la protección de sus enemigos.

Zenker adivinó el plan y temió un fracaso. Cuatro hombres útiles para batir a aquel trío tan poderoso, eran poca gente y temiendo caer en sus manos, advirtió:

—Cuidado, muchachos. La situación no es clara. Disparar sin escatimar municiones, mientras yo me deslizo por el paredón y alcanzo el escondite de los caballos. Si la cosa se pone mal, podremos escapar en ellos.



Los rufianes se repartieron...

Protegidos por el fuego de los bandidos y arrastrándose como un sapo, se alejó de la diligencia en sentido contrario y aprovechó un recodo del camino para cruzar a la pared contraria.

Ya allí, se dirigió a un hueco donde previamente habían dejado los caballos. Presentía que deberían usarlos y se preparaba para ello, pero no queriendo dejar ninguno para facilitar la labor de sus enemigos, eligió los justos y al resto lo obligó a internarse por las cortadas, después de haberles clavado la punta de su cuchillo en los ijares.

Los pobres animales, enfurecidos, partieron al trote perdiéndose entre las grietas y Zenker, nervioso, cruzó los caballos y los protegió con el recodo del sendero.

Luego, empleando el mismo procedimiento regresó a la diligencia. Texas no podía verle por la posición contraria que gozaban y no sospechaba la maniobra de su enemigo.

Cuando Zenker regreso, dijo:

—Escuchar, seguir el mismo procedimiento que yo y alejaos uno a uno. Nos quedaremos aquí los demás y yo seré el último en abandonar esto. Los caballos están preparados.

—¿Y vamos a abandonar este tesoro? —preguntó un rufián con

ojos inflamados por la codicia.

—De momento, sí… pero aún no han llegado con ello a Austin. Estamos en mala posición y nos exponemos a caer todos. Si vosotros lo preferís, el que quiera que se quede.

Tras un momento de duda, aceptaron de mala gana y uno a uno se fue deslizando, mientras el resto seguía conteniendo a Texas y sus hombres disparando rabiosamente.

Cuando sólo quedó junto a Zenker uno de los bandidos, el primero dijo:

—Prepárate. Vamos a marchar juntos. Hay que darse prisa por si al cesar los disparos, se lanzan al ataque. No me puedo fiar de nada.

Dispararon los últimos cartuchos del cargador y a toda prisa se arrastraron pegados a la pared para alcanzar los caballos.

Texas había observado que la intensidad de los disparos disminuía, pero no acertaba a comprender la causa. No estaba seguro de haber causado bajas en sus enemigos y se preguntaba si sería una trampa o en realidad iban disminuyendo.

De súbito cesaron de disparar y Niño, que no se avenía a esperar escondido como los topos, rugió:

—¡Vamos, manito!, creo yo que estamos jugando a los policías y bandidos… Con un poco de audacia me parese a mí que los acogotamos. Texas dudó, pero antes de que tuviera tiempo de contestar, ya el mejicano impetuoso había saltado sobre el seto y corría como un diablo hacia la diligencia, disparando ciegamente y al azar, sin recibir respuesta.

Texas saltó tras él y el conductor le imitó y raudos llegaron al vehículo, pero al alcanzarlo lanzaron un grito de furor. También ellos habían sido burlados. Como locos, corrieron hacia adelante, y al doblar el recodo, una lluvia de balas les obligó a ocultarse. Pero seguidamente captaron un rudo galope de caballos y cuando volvieron a asomarse, ya los rufianes se habían distanciado enormemente.

CAPÍTULO IX

Texas cae en una trampa

Zenker y los supervivientes de su cuadrilla deshecha, ganaron terreno dejando muy atrás a sus enemigos. Los bandidos no iban muy conformes, pero Zenker les reunió para calmarles diciendo:

—No os preocupéis, que no se nos escaparán. Tienen que seguir adelante, pasar por otro desfiladero y en él les daremos la batalla decisiva sin exposición.

Era media tarde y seguían galopando, cuando el ruido de unos cascabeles les sobresaltó. Rápidamente buscaron un refugio para esconderse y Zenker, ganando una altura atalayó la cinta de la tortuosa senda.

Desde ella descubrió una pequeña diligencia que avanzaba hacia San Antonio y con sorpresa, comprobó que iba custodiada por algunos batidores cuyo número no excedería de cuatro.

Se quedó un momento pensativo y de repente una idea cruzó luminosa por su cerebro.

Llamando apresuradamente a sus hombres, dijo:

—Escuchar: he concebido un plan magnífico para apoderarnos del oro y de nuestros enemigos por sorpresa. Todo puede hacerse si

poseéis en verdad valor y sangre fría.

—¿Cómo? —preguntó uno.

Zenker habló con precipitación y los forajidos asintieron aprobando sus palabras.

—Pues adelante. La cosa puede ser muy fácil.

Salieron al desfiladero y avanzaron a paso regular, hasta enfrentarse con la diligencia. Esta se detuvo y uno de los policías les dio el alto.

Zenker, audaz, se adelantó diciendo al que parecía el jefe:

—Somos gente pacífica. Veníamos en una diligencia que va a Austin en misión especial y hemos sido atacados a tres horas de aquí. Nos han matado los caballos del coche y a dos compañeros y se han apropiado del vehículo. Debo decirle, porque las circunstancias nos obligan, que el carruaje conducía doce cajas llenas de oro para el Banco de Austin y que está en poder de los forajidos.

—¿Son muchos?

—Unos doce.

El cabo se apeó y llamó a los tres hombres que le acompañaban. Dentro, quedó un individuo que al parecer iba fuertemente amarrado.

—Escuchad —advirtió—. Más abajo hay una diligencia del Gobierno en poder de unos salteadores. Han matado a varios de los que les custodiaban y transportaban algo muy valioso. Son doce al parecer. ¿Creéis que entre nosotros y éstos buenos mozos podremos batirlos?

—Seguramente —dijo uno—. En cuanto vean el uniforme de la policía huirán asustados.

—En ese caso, seguiremos adelante. Nosotros vamos a San Antonio conduciendo un forajido muy peligroso que debe comparecer allí ante los tribunales para juzgarle por asalto a un Banco y varias muertes. Para evitar sorpresas, le conducimos por este camino no frecuentado.

—Lo mismo hacíamos nosotros con las cajas que contiene la diligencia. Yo pertenezco al Banco de San Antonio y asumía el mando de los guardianes. El número nos pudo.

—En ese caso subir. A ver cómo nos podemos acomodar todos en el vehículo.

Los policías se volvieron de espaldas para subir al coche. Zenker, en aquel momento, hizo una seña a los forajidos y aplicó su revólver a los riñones del cabo.

—¡Arriba las manos! ¡Ni un gesto si queréis salvar la vida!

El ataque fue tan inopinado y les cogió en tan mala posición, que no tuvieron tiempo a revolverse. Intentar cualquier movimiento era exponerse a morir neciamente y prefirieron obedecer.

Zenker, fríamente, dio orden de maniatarlos y cuando los consideró impotentes, dijo:

—No está en mi ánimo haceros mal alguno. Sólo necesito el carruaje y vuestros uniformes durante unas horas. Cuando los haya usado, os los devolveré.

Uno a uno, fueron despojados del uniforme y los cuatro forajidos útiles, se los repartieron como mejor les fue posible, ajustándose cada cual el que le caía mejor. Los policías, bien amarrados, fueron escondidos en un barranco y cuando todo estuvo terminado Zenker ordenó al bandido herido:

—Tú te esconderás en el coche conmigo. Antes vamos a ver quién es ese pájaro que llevan a San Antonio.

Cuando penetraron en el interior de la diligencia, el rufián lanzó un grito de alegría:

—¡Por Judas! —exclamó—. ¡Si es «El lobo de Utah»!

Y volviéndose a Zenker, añadió:

—Buen elemento, patrón. Trabajé con él hasta que nos diseminaron. Le cazaron medio muerto, pero a este lobo no hay quién le mate.

—Desátale —ordenó Zenker.

El forajido fue librado de sus ligaduras y Zenker llamándole, le dijo:

—¿Qué me das por tu libertad?

—¿Qué pides?

—Únicamente que te unas a mí y me ayudes a librarme de unos peligrosos sujetos que voy a buscar ahora mismo.

—Hecho. Soy tuyo en cuerpo y alma. Cuando quieras.

Zenker le entregó uno de los revólveres de los policías y exclamó:

—Como que tú no tienes uniforme, puedes conducir. Estos, pueden exhibirse para que no sospechen nada. Dos irán contigo en

el pescante y dos en la baca. Nosotros dos viajaremos en el interior del coche y cuando nos acerquemos al lugar indicado, nos ocultaremos en el fondo. Vosotros os apeáis y cuando el momento os sea más favorable, los encañonáis y los hacéis prisioneros. No quiero que los matéis, pues he de darme el gusto de colgarlos por mi propia mano.

Bien instruccionados, los bandidos subieron al carruaje y éste rodó por el áspero sendero, camino del lugar donde Texas y sus dos compañeros habían quedado.

Éstos se consideraban seguros ahora. Diezmada la cuadrilla de forajidos, confiaban en que no se atreverían a insistir en el ataque, aparte de que quizás no tardando muchas horas recibirían la ayuda pedida, si a James no le había sucedido ningún contratiempo.

Nada podían hacer hasta recibir refuerzos y por ello, después de arrojar los cadáveres de los rufianes muertos al fondo de una sima, montaron una guardia para evitar cualquier nueva sorpresa.

El resto del día transcurrió con absoluta calma. Nada se vislumbraba ni por arriba ni por abajo del desfiladero y Texas desesperado, sospechaba que deberían pasar otra noche allí varados, sin poder avanzar.

Hacia la caída de la tarde, Niño, que vigilaba la parte alta, captó el alegre tintineo de unas campanillas que se acercaban y cuando consiguió descubrir de lo que se trataba, lanzó un grito de aviso:

—¡Manito, por el diablo! Baja una diligencia…

—¿Qué dices? ¿Una diligencia por aquí?

—Sí… y veo policías con el conductor y en la baca.

—¿Estás seguro?

—Sube y lo verás.

Texas alcanzó el observatorio y comprobó la afirmación. Quedó extrañado de ello, pero supuso que algún motivo especial habría obligado a los batidores a tomar aquel camino tan exótico.

Tranquilo al saber que la ocupaban policías, se plantó en medio del sendero y diez minutos más tarde el vehículo le alcanzaba.

El conductor frenó la marcha de los caballos y uno de los fingidos policías empuñó el rifle, gritando:

—¡Alto!… Ni un paso más o disparo.

Texas se detuvo advirtiendo:

—No se asuste, cabo, somos gente de paz.

—Demuéstremelo.

—Apéese y le demostraré mi documentación especial. Soy el capitán Jim Texas y viajo en servicio del Estado.

El forajido, que llevaba muy bien su papel, se apeó saludando militarmente. Jim le enseñó sus documentos que el bandido examinó con interés, devolviéndoselos.

—Bien, ¿qué sucede? —preguntó el forajido.

—Hemos sido atacados por una partida de indeseables y nos han matado los caballos de la diligencia. Trasladarnos algo que al Gobierno interesa llevar a Austin y estamos esperando ayuda de los batidores de San Antonio.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó con interés el bandido.

—Uno de nuestros compañeros pudo escapar con el único caballo superviviente y marchar a San Antonio. Espero que me envíen algunos hombres del cuartelillo de batidores.

—¡Ah! ¿Cree usted que llegaran pronto?

—Sí, si al emisario no le ha sucedido nada en el camino. ¿No ha tropezado usted en el desfiladero con media docena de individuos sospechosos?

—No. Venimos de Austin conduciendo a un preso. Es un pájaro de cuidado. Ahí dentro del coche está. Si quieren verle.

Texas, con Niño y el conductor, intrigados se volvieron de espaldas. Al hacerlo, sintieron clavarse en sus riñones los duros cañones de los revólveres, al tiempo que una voz fría advertía:

—¡Quietos! Achicharradles con plomo si hacen el menor movimiento.

El que hablaba era el «Lobo de Utah», quien con su enorme «Colt» en la mano, amenazaba a Texas desde el pescante, mientras uno de los forajidos le tenía encañonado por detrás.

Jim, aunque tarde, se dio cuenta de la verdadera situación y un rugido de furor se escapó de su pecho. Miró a Niño que se disponía a cometer una imprudencia revolviéndose y ordenó:

—Quieto, Niño. Hay que saber ganar y perder.

—Muy bien dicho —afirmó «El Lobo» arrojándose del pescante —, pero esta vez os ha tocado perder.

Sin perder de vista a Texas, le dio orden de separarse del vehículo y volverse cara a él. Jim obedeció confiando en encontrar la forma de deshacerse de tan peligroso enemigo, pero el rufián,

ducho en la materia, se colocó a tres metros de él, encañonándole.

—Pasarle una cuerda a los brazos pero por la espalda. No lo hagáis nunca de frente, que puede costaros caro. Tampoco debéis acercaros con el revólver a una distancia que puedan alcanzaros con un pie. Es muy fácil desarmar a uno de un puntapié imprevisto.

Jim sonrió con ironía. El bandido debía ser un escarmentado y parecía haber adivinado su propósito.

Alguien le pasó una cuerda por los brazos y tiró. Luego le fueron amarrando concienzudamente.

Después, hicieron lo propio con el conductor, dejando a Niño para el último. Les parecía físicamente el más peligroso y todos le rodeaban apuntándole con los rifles. Niño, furioso, les miraba de una manera impresionante y lanzaba maldiciones de su pintoresco léxico contra los que le escuchaban.

Zenker, oculto en el interior del carruaje, les espiaba ansiosamente. No quería darse a ver hasta que estuviese seguro de que sus enemigos estaban anulados.

Cuando se convenció de ello, surgió en el sendero y lentamente se acercó a Texas. Éste clavó sus agudos ojos en él con curiosidad, e hizo un terrible esfuerzo de memoria para reconocerle.

Zenker, adivinando su pensamiento, sonrió y al cabo de un momento de silencio, preguntó con ironía:

—¿No me reconoces, capitán Texas?

Ahora el acento de Zenker no era fingido. Hablaba con su voz natural y Jim como un relámpago, rugió:

—Zenker! ¡Sapo del infierno! ¡Debí adivinarlo!

—Claro que debiste adivinarlo, pero no eres tan listo como pareces. Ahora estás en mis manos y tenemos que ajustar una cuenta larga y terrible. Mucho te gozaste el día que ahorcaste a Spack. Más he de gozar yo cuando por mi propia mano te ahorque a ti y a ese indecente mejicano.

Niño al oírse apostrofar, le escupió rabiosamente al rostro y de un esfuerzo terrible, se lanzó rodando sobre él, estando a punto de llegar a sus piernas y tronchárselas en el envite.

Pero Zenker saltó oportunamente y el mejicano se vio defraudado en su propósito.

Zenker, rabioso, ordenó:

—Pegarle veinte palos con la culata de un rifle.

Dos forajidos cumplieron la orden en medio de un escándalo terrible provocado por el mejicano. Éste, insensible al dolor físico y herido en la moral, a cada recio palo colmaba de horribles improperios a sus verdugos y amenazaba con hacerles pulpa entre sus manos no tardando mucho.

Zenker dirigiéndose a Texas, añadió:

—Ya hablaremos más tarde tú y yo de nuestros asuntos. Tengo muchas cosas interesantes que contarte para que antes de irte al otro mundo, te sientas poseído de la más angustiosa rabia. Me has juzgado mal y aún no sabes la clase de enemigo que soy yo.

Sin hacerle más caso, gritó:

—Muchachos, hay que darse prisa. Ya habéis oído las noticias que nos ha dado este coyote. Quizá no tardando mucho llegue aquí un pelotón de batidores y tenemos que huir antes de que llegue. Cargar esas cajas en la diligencia y volvamos grupas. Cuando lleguemos a un lugar asequible, las desembarcaremos arrojando la diligencia a un precipicio. Puede que con ella lancemos a alguien dentro, para que el peso sea mayor y caiga antes.

Los rufianes, febrilmente, se dedicaron a cargar las cajas en el interior. Aunque no muy grandes, eran pesadísimas y se precisaba la fuerza muscular de Niño para poder moverlas con cierta soltura.

Por fin, cuando ya la noche se echaba encima, el oro se apilaba en el interior de la diligencia.

Zenker, que se hallaba nervioso ante la posible inminencia del peligro, ordenó:

—Meted a estos tipos dentro con las cajas, y los demás, unos con el conductor y otros en la baca. Si nos alcanzan, tenemos que deshacernos de tan peligrosa compañía.

Texas, Niño y el conductor fueron trasladados como fardos al interior del vehículo, y la puerta, después de cerrada, se amarró con cuerdas para que no se abriese desde dentro, realizado lo cual cada uno fue a ocupar el sitio designado.

Zenker, con «El Lobo de Utah», se colocaron en el asiento conductor. «El Lobo» conducía el tiro de caballos, y Zenker tenía recostados entre sus piernas dos rifles prontos a disparar.

El resto de los forajidos subieron a la baca, y la diligencia, realizando un difícil viraje, se dirigió nuevamente por el camino que conducía a Austin.

La noche estaba bastante obscura. Aún no había luna y el vehículo avanzaba a un paso moderado.

Cuando los tres prisioneros se hallaron solos en tan estrecho recinto, rodeados de cajas que amenazaban con caerles encima y aplastarles, y sintiendo en sus carnes el dolor de las ligaduras, Niño rezongó:

—Manito, la has pringao con no dejarme maniobrar antes de que nos ataran. Quizá me hubiese pegado algún tiro, pero puede que a estas horas parte de esos tipos estuviesen viajando hacia el infierno o así.

Texas, que nunca perdía la serenidad, y menos en trances tan terribles como aquél, murmuró:

—Cállate, pedazo de bestia. Nunca serás más que una masa de fuerza ciega. Yo tengo siempre recursos para no desesperar hasta que me falte el últimos aliento… ¿Cómo te han dejado las manos?

—Como un ramillete de panochas. Sólo puedo mover un poco los dedos.

—Creo que será suficiente. Acércate como puedas a mi bota derecha. Mételos, si puedes, entre el borde del cuero y procura sacar una fina hoja de acero que llevo metida entre el forro. Si la sacas, lo demás no tiene importancia.

Niño, trabajosamente, dio la vuelta y pudo tocar con la punta de los dedos el borde de la hoja, que, tras ímprobos esfuerzos logró sacar de tan extraña funda.

—¡Ya es mía, manito! —dijo triunfalmente.

—Sujétala todo lo fuerte que puedas con los dedos. Lo demás es cosa mía.

Niño obedeció, y Texas, cambiando de postura, alargó sus manos hasta la hoja, moviéndolas lentamente con la cuerda rasando el borde de la afiladísima hoja.

A costa de algunos cortes poco profundos, pero que le ensangrentaron, consiguió cortar las ligaduras de sus manos, y ya con éstas libres, lo demás no tuvo dificultad. En cinco minutos había dejado libres a sus dos compañeros y él había quedado en completa libertad.

Niño, gozoso, movió una de las pesadas cajas, y, rabioso, exclamó:

—Ahora voy a lanzar una de estas píldoras a través de la parte

delantera. Me temo que los riñones de Zenker van a sufrir una conmoción un poco violenta…

—¡Quieto! —Ordenó Texas—. El que dirige soy yo. No olvides que arriba hay varios tipos armados y que nos asarían a tiros antes de que pudiésemos hacer nada contra ellos. Tengo otro plan mejor, aunque más largo. Examina las tablas del fondo del coche. ¿Crees que se puedan levantar?

—¿Cómo no? Aunque tenga que hacerlo con los dientes.

—Pues a la obra con mucho cuidado. Por fortuna, el ruido del carruaje y los cascabeles nos ayudan. Usted, ayúdeme a colocar estas cajas de forma que no se nos echen encima y dejen libre el piso.

Niño, a tientas, palpó el fondo. La diligencia, ya nada nueva, tenía mal unidas las tablas del piso, y Niño, con su terrible fuerza, las levantó, dejando un regular hueco en el centro.

—Ya está todo —dijo Texas—. Ahora tenernos que deslizarnos por el hueco y dejarnos caer en el sendero. Mucho cuidado al hacerlo. Quedad quietos al caer y no os mováis hasta que el coche esté lejos. La noche está obscura y no seremos vistos. El primero que se apee que se adelante, el de en medio se quedará dónde caiga y el último retrocederá; así nos juntaremos los tres antes. Yo, por delante.

Se colocó en el hueco, se deslizó de espaldas al camino apoyado en los brazos, con las piernas colgando, y de súbito se dejó escurrir, desapareciendo.

Poco después el conductor le imitaba, y a seguida Niño se dejó caer, murmurando:

—¡Adiós, sapillos! Espero que nos veamos muy pronto, y entonces…

CAPÍTULO X

Un triunfo demasiado amargo

La altura de la caja del vehículo facilitó la evasión. Hasta el gigante Niño pudo deslizarse a tierra sin sufrir tropiezo alguno, salvo el revolcón al caer, debido a la velocidad del coche que rodaba cuesta abajo, pero nada más, y como la noche aún estaba obscura, los tres fueron quedando en la áspera senda, inmóviles hasta perder de vista el coche.

Texas, que fue el primero en arrojarse, se levantó radiante de gozo y corrió al encuentro del segundo, al que localizó diez minutos después, y con un intervalo parecido se unieron a Niño, que avanzaba hacia ellos.

—Güeno va, manito rugió el mejicano. —Has tenido una idea de las tuyas, me parese a mí, pero nos han repringao, porque esos cerdos se han largado o así con el oro.

—Eso se creerán ellos, Niño, pero se equivocan. Yo confío en que nos llegue pronto el auxilio pedido. Hace casi cuarenta y ocho horas que James partió, y, de no tener la desgracia de sufrir un tropiezo, ya debería estar aquí.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora?

—Retroceder para acercarnos todo lo posible a la diligencia

abandonada. Allí debemos esperarles, y, por otro lado, conviene alejarse de esos rufianes todo lo posible, por si se dan cuenta de la burla y nos buscan…

A paso vivo retrocedieron en busca del vehículo. Niño echaba espumad por la boca, y vociferaba.

—¡Maldito sapo de Zenker! Y tú que creías que estaba oculto y llorando sus penas o así debajo de alguna piedra…

—Sí —afirmó Texas sinceramente—. Me he equivocado con él. Es más, duro y listo que le suponía. Lo que no me explico es cómo nos ha localizado y pudo enterarse de esta expedición llevada con tanto secreto. ¡Es el mismo diablo en persona!

—Güeno, manito, y como no le chamusquemos los cuernos a ese pringao, nos los va a clavar algún día… Hay que hacerlo, manito. No le perdono que me ha llamado gringo… ¡Gringo a mí, maldita sea Sonora! Le haré tragarse el insulto envuelto en píldoras de plomo.

Texas no contestó. Estaba más preocupado que Niño suponía, y no por el oro, que estaba seguro de rescatarlo, sino por la presencia de Zenker cuando menos la esperaba.

Le había amenazado con revelarle cosas amargas, seguro de que no se le iba a escapar de las manos, y Texas se preguntaba con inquietud qué cosas serían aquéllas, que debían encerrar un fondo terrible.

Llevaban andando más de una hora para desandar el camino, cuando Mendoza se envaró. Acababa de captar lejos el trote de un caballo.

—Malo, manito —dijo—. Si es algún otro enemigo, como no le tiremos piedras…

Y, en previsión, se armó de dos enormes pedruscos.

Se pegaron a las paredes de los taludes para ampararse en su sombra y esperaron llenos de angustia y esperanza a la par. El trote parecía de dos caballos y avanzaban desde la parte baja del desfiladero.

Poco más tarde los dos jinetes avanzaron sin descubrir a los fugitivos hundidos en las sombras, y Texas captó unas palabras que le colmaron de alegría.

Una voz reconocida decía al pasar:

—Sargento, le juro que no me explico cómo han podido irse y

llevarse el oro… No tenían caballos.

Texas, desde la obscuridad, gritó:

—¡James!… Aquí, Texas.

El empleado del banco lanzó un grito, y preguntó:

—Avance. ¿Dónde diablos se oculta usted? No tenga miedo. He traído conmigo una docena de batidores que le envía el capitán Thompson.

Los tres fugitivos salieron de la zona obscura. A la luz de las estrellas se pudieron reconocer.

—¡Bravo, James! —Dijo Texas—. Ha cumplido usted como un hombre.

—¡Oh! Troté igual que un diablo, pero la distancia era mucha, y hasta que todo estuvo preparado… Pero ¿cómo ustedes tan lejos de la diligencia? ¿Y las cajas?

—Ya le contaré. ¿Dónde están el resto de los batidores?

—Más atrás. Vienen registrando como pueden el camino.

—Bien; déjennos un sitio en los caballos. Tenemos que alcanzarlos rápidamente. Unos forajidos nos han asaltado. Matamos a varios y los demás huyeron. Luego, ignoro cómo, se presentaron en una diligencia disfrazados de policías, engañándonos. Nos hicieron presos con el oro y han huido. Nosotros nos pudimos escapar levantando el piso de la diligencia. Deben llevarnos dos horas o más de ventaja.

—Bien —dijo el sargento—. Suban. Vamos en busca de mis hombres.

Al galope que permitía a las monturas el excesivo peso, sobre todo el de Niño, avanzaron, desandando el camino, y poco más tarde se unían al pelotón de batidores.

Texas, desmontando, advirtió:

—Alguien se tiene que quedar aquí para prestarnos los caballos a mi compañero y a mí. De otra forma, perderíamos mucho tiempo.

El sargento designó a dos de sus hombres, quienes, con el conductor, quedaron junto a la diligencia volcada.

A todo galope se lanzaron desfiladero arriba en pos de la diligencia. Ésta no podía avanzar tan deprisa como los caballos libres de tan enorme peso, y más tarde o más temprano terminarían por alcanzarla.

* * *

La noche se hallaba muy avanzada, y la diligencia seguía rodando monótonamente. Zenker, cada vez más nervioso, sólo esperaba la luz del día para buscar un lugar asequible donde esconder las cajas y deshacerse del vehículo.

Muy próximos al amanecer, el «Lobo de Utah», que era hombre práctico en las montañas, prestó atención, y de súbito tiró de las riendas deteniendo el vehículo.

—¿Qué sucede? —preguntó Zenker—. Juraría que oigo galope de caballos. Espere.

Descendió del carruaje y aplicó el oído a la tierra. Luego, irguiéndose, anunció:

—No me engañé, y deben ser bastantes. He captado un regular rumor de cascos.

Zenker se envaró. La noticia no tenía nada de grata.

—¿Podremos resistir la ventaja hasta el amanecer?

—No sé. Procuraremos, aunque revienten los caballos.

El bandido fustigó sin piedad a los pobres animales, ya cansados del peso, y el vehículo rodó con más brío.

La noticia se había corrido entre los indeseables, y éstos se mostraban nerviosos, deseando internarse en el monte. Zenker, que temía que sus prisioneros fuesen rescatados, ordenó al «Lobo»:

—Dame las riendas. Toma tus revólveres y mete los cañones en el interior. Dispara hasta que no te quede un cartucho.

El bandido, sonriendo ferozmente, obedeció, y sus terribles «Colt» tronaron siniestramente, buscando en el interior del vehículo los cuerpos de los prisioneros.

Pero ni un grito anunció que hubiese hecho blanco, y, extrañado, exclamó:

—¡Qué raro!… Pare… Voy a ver qué sucede ahí dentro.

Se apeó, y, al abrir la portezuela, lanzó un rugido de sorpresa al no descubrir a los cautivos.

Zenker también se apeó, y, al comprobar la huida, lanzó terribles maldiciones.

La consternación reinaba entre los forajidos. Todo se ponía en su contra, y, por añadidura, los batidores les iban a la zaga.

Zenker se paseaba furiosamente por la senda, mientras los

bandidos, temerosos de ser alcanzados habían ocupado de nuevo la diligencia.

«El Lobo», impaciente, gritó:

—¡Suba ya!… ¿Qué demonios hace ahí parado?

—Espera un poco —dijo Zenker—. Quiero convencerme de que nos siguen.

Como no se moviera escuchando, uno de los forajidos se inclinó sobre el saliente de la baca, y murmuró, junto al oído de «El Lobo de Utah»:

—¿Y si nos largásemos sin él? Estoy harto de oírle mandar, y ya ves para qué… Nos repartiríamos el oro.

El bandido no esperó a más. Levantó el látigo, dejándole caer sobre los flancos de los caballos, y éstos emprendieron un trote fantástico.

Zenker no hizo el más mínimo gesto de protesta por el abandono. Hombre listísimo, lo había provocado, conociendo la psicología de los bandidos. Se sabía alcanzado, y no quería correr su suerte, ahora que, además de a los batidores tenía tras sus huellas a sus enemigos.

De un salto ganó las asperezas de la montaña y, gateando como un animal raro, se internó por las trochas hasta desaparecer.

Bien escondido, oyó poco después el paso de los caballos de los policías, y, cuando se consideró seguro, se internó en el monte. No tardaría en amanecer, y debía buscar la forma de huir de lugares tan peligrosos.

Los bandidos, muy alegres por haberse desprendido de Zenker, rodaban cómo diablos, pero los policías trotaban más aprisa que ellos.

Hacía un rato que había amanecido, cuando Texas, al coronar un alto, gritó:

—¡Atención! Les hemos alcanzado. Veo allá abajo la diligencia.

Forzaron la resistencia de los caballos, y poco más tarde se cruzaron los primeros disparos.

Mientras «El Lobo» conducía, sus compañeros, tumbados sobre la baca, abrían fuego contra los policías, y éstos, serenos, bravos y dominadores, no se arredraban por ello y disparaban como diablos tratando de cazar a los forajidos.

Algunos resultaron tocados. Uno se escurrió de la baca, cayendo

al camino, sin auxilio posible, mientras los caballos, al galopar, le pisoteaban cruelmente, y un policía también rodó del caballo, alcanzado por un proyectil.

Poco a poco la situación se hacía más angustiosa para los indeseables. Cada vez sus disparos eran menores en número y llegó un momento en que hasta «El Lobo de Utah» tuvo que abandonar las riendas, que ató al asiento, y tomar parte en la defensa.

Texas y Niño, que avanzaban intrépidamente, buscaban la forma de filtrarse junto a los taludes para alcanzar a algún caballo, única forma de detener el vehículo, y por fin el mejicano lo logró.

Uno de los cansados animales resultó tocado en un anca, y, ante el dolor, se encabritó y arrancó ciegamente, obligando a sus compañeros a seguirle.

Pero la diligencia cruzaba en aquel momento por un paso peligroso. El sendero, por su lado izquierdo, no estaba protegido, y una sima de regular profundidad corría a lo largo del talud.

De súbito vibró un triple alarido de terror. La diligencia se inclinó bruscamente de costado, y, como tragada por la tierra, desapareció del sendero.

Cuando Texas y los policías se asomaron al borde del precipicio, descubrieron la diligencia destrozada en el fondo. Los caballos aún se agitaban convulsivamente, pero los pocos forajidos que cayeron con vida no daban señales de ella.

Después de dar muchas vueltas y sortear muchos peligros, consiguieron bajar al fondo realizando milagros de equilibrio, y Texas ansiosamente registró el interior del destrozado coche y los cuerpos de los magullados bandidos.

Un grito de furor se escapó de su pecho al concluir.

—¡Zenker!… ¡Maldita sea su estampa! No está aquí.

No lo encontró entre los cadáveres ni entre las astillas del vehículo. Las cajas aparecían, en parte, rotas, pero nada de su contenido se había perdido.

Texas, rabioso, ascendió de nuevo, reuniéndose con el sargento y sus hombres.

—Bueno va, manito —dijo Niño—. ¿Cómo diablos crees que se ha podido evaporar ese pringao?

—No lo sé y daría media vida por localizarle. Pero… ¿quién registra los recovecos de esta interminable montaña? No es tonto, y

sabía lo que se hacía. A lo mejor, tendría todo preparado por si le fallaba el golpe. Ahora tenemos que resignarnos y volver a empezar.

—Es lástima. Con lo a gusto que me iba a cobrar aquellos culatazos de rifle que me mandó dar.

El sargento no sabía qué hacer en tan grave caso, y Texas dijo:

—No cabe más que se queden ustedes aquí custodiando el oro, mientras nosotros nos dirigimos a Austin a pedir el envío de un nuevo carruaje y gente que ayude a subir las cajas. No creo que suceda nada. En día y medio podemos llegar allí y volver con lo necesario. Si envía usted un hombre donde quedó nuestra diligencia, allí encontrarán alimentos y odres de agua para esperar sin agobios.

—Bien —dijo el sargento—. Usted es quien dispone.

A pesar de la fatiga y de las muchas horas que llevaban en vela, siempre en constante tensión nerviosa, Texas y Niño montaron a caballo y a todo galope emprendieron la marcha.

Fue una carrera desesperada y agotadora. Casi durmiéndose en los caballos, entraron en Austin muy avanzada la noche, y a pesar de lo intempestivo de la hora, se dirigieron al palacio del gobernador, el cual había dado orden de despertarle si en cualquier momento Texas aparecía solicitando verle.

El gobernador se levantó, recibiéndole con ansia, y Texas, que estaba derrengado del exceso de trabajo, contó brevemente toda su odisea.



Y como tragada por la tierra, desapareció...

El gobernador empezó a cursar órdenes inmediatamente. Todo el personal disponible se movilizó para acelerar los preparativos, y empezaba a amanecer cuando una diligencia escoltada por ocho batidores, con seis hombres de confianza, se dirigía raudamente hacia el desfiladero en busca de las cajas.

—Si cree usted necesaria mi presencia, iré también. —Dijo Texas

con voz cansada.

—¡No, por Dios! Ya ha hecho usted bastante. Espero que todo irá bien, mucho más cuando ha dejado usted aquello en buenas manos. Lo que le conviene es descansar, y a ese bravo mozo que le acompaña, también.

—Eso creo yo, ¡maldita sea Sonora! —rezongó Niño—. Aunque me pasaría una semana más en vela si con ello pudiese tener en mis manos a aquel pringao que me mandó aculatar.

Se despedían para retirarse, cuando el gobernador recordó:

—¡Oh, perdone, Texas! Me han enviado una carta para usted ayer, y la había olvidado. Espere, que se la entrego.

—¿Una carta para mí? ¿De quién será?

La tomó con desgana y rasgó el sobre, pero, apenas abierta y empezada a leer, lanzó un rugido de desesperación y se irguió como una fiera. El sueño había desaparecido de sus párpados y una energía feroz animaba su cuerpo.

—¡Maldición! —gritó.

—¿Qué pasa, manito? ¿Es que aún no se han terminado las cosas malas o así?

—No, Niño. No se han terminado, sino que han sucedido otras más terribles. La casa donde dejamos a Stella fue asaltada la noche que nos marchamos, y Stella ha desaparecido…

El mejicano lanzó una maldición intraducible, y Texas, tomándole del brazo, gritó:

—Vamos, Niño. Tenemos que encontrarla aunque haya que remover el cielo y la tierra. Esto es obra de Zenker, y éste tiene que aparecer. Reventaremos de sueño, pero le localizaremos…

Y como un vendaval abandonó el palacio, sin siquiera acordarse de despedirse del gobernador.





Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F. P. Duke con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».